



Gustavo Adolfo Bécquer

Revistas Contemporáneas
Última serie

Febrero goza fama de loco, y en verdad que es la suya fama merecida; pues difícilmente se encontrará otro mes más sujeto a contrastes y variaciones. Por no parecerse a ninguno de sus compañeros de Calendario, sólo consta de veintiocho días; y hasta esos veintiocho días, para ser mudable en todo, se transforman en veintinueve los años bisiestos. Durante su breve reinado, el termómetro no descansa un minuto; el cuadrante hace los giros más increíbles, y el cielo se asemeja al foro de un teatro en la representación de una comedia de magia, que todo se vuelve poner y quitar decoraciones. En este mes, tan lógicamente se puede uno morir de un tabardillo, como de una pulmonía; con el mismo derecho puede uno quejarse de la alteración del sistema nervioso, producido por la sequedad de la temperatura, que de la vuelta de los dolores reumáticos, hijos de las nieblas y las humedades. Al templado soplo de las brisas, que anuncian la primavera, abre el almendro sus blancas y tempranas flores, y el cierzo de Guadarrama impele la nieve que azota el vidrio de los balcones; a una mañana nebulosa sigue un día radiante; a un crepúsculo de la tarde, suave y largo como los de estío, una noche tan cruda como la más rigurosa de Navidad.

Y no paran aquí las variaciones y las excentricidades que le han granjeado a febrero general reputación de loco. Al lado de estos contrastes que sólo afectan, por decirlo así, la epidermis del individuo, hace gala de otros no menos bruscos, y seguramente más trascendentales y dignos de ser tomados en cuenta. Febrero tiene el raro privilegio de reunir, en su corto número de días, los más alegres y los más tristes de los doce meses. Dentro de una de sus semanas se dan la mano el beodo Carnaval y la escuálida Cuaresma. El que quiera dar en este mes a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, se ve en la precisión de embriagarse y ayunar, de bailar unas habaneras y oír un sermón, de comprarse una careta y unas disciplinas. Tan extraña amalgama de contricciones y locuras han hecho la tradición y las costumbres en este período del año. En vano el primer miércoles de la Cuaresma sale severo y grave a la mitad del camino de las alegres comparsas, y trata de ocultar debajo de sus cenizas el fuego del Carnaval; el domingo de Piñata sopla al fin en ellas, y aunque fugaz, vuelve a lucir por un instante la llama de la orgía que, semejante a la luz de la lámpara, brilla más intensamente en el punto en que va a morir. He oído a un hombre de mucho talento hacer una observación respecto a las mujeres, que viene como de molde en la presente ocasión. Según él, siempre que éstas escriben, lo más importante de sus cartas lo dicen en la postdata y como por incidencia. Al Carnaval le pasa lo mismo. Cuando semejante al Don Basilio de El Barbero, torna a aparecer en escena para repetir su buona sera, despidiéndose por la centésima vez, resucita más animado, más ruidoso que nunca. El domingo de Piñata se llama la postdata del Carnaval, y en su cualidad de postdata, como en las epístolas femeninas, ha sido breve, pero interesante. Al exterior poco o nada se ha manifestado: el respeto a la Cuaresma por una parte, y la mala coyuntura del tiempo por otra, han impedido que las máscaras se lanzasen al Prado en comparsas, pero reconcentrándose el entusiasmo y la animación en los salones, desde los del Real a los de Capellanes. Todos han ofrecido larga cosecha de bromas y aventuras a los apasionados de este género de fiestas, que afirman no haber, asistido hace muchos años a otras tan brillantes, concurridas y alegres, como las del domingo.

Apagado el último y fugitivo esplendor de las pasadas diversiones, la Cuaresma ha entrado de lleno en la posesión de sus derechos, y el ánimo de las gentes se ha vuelto a fijar en cosas más graves. Imitando nosotros esta conducta, pasaremos a ocuparnos asimismo de asuntos más serios. Respecto a política, seguimos en la misma situación que estábamos.

De Chile no se ha recibido noticia alguna importante, pues aunque vuelve a hablarse de otro combate entre La Resolución y dos buques chilenos, la noticia ha llegado por conducto extra-oficial, y ya -permítasenos la palabrilla, aunque vulgar- estamos tan escamados respecto a las soñadas victorias, que aun después de verlas anunciadas en la Gaceta, hemos de esperar un poco para darles entero crédito.

Por el telégrafo sabemos que el Gabinete portugués ha significado al general Prim su deseo de que abandone aquel reino. Esta determinación, que el ministerio funda en la última proclama del general español, ha sido

objeto de ardientes debates en la Cámara, donde las oposiciones liberales piensan dar una gran batalla política a los hombres que ocupan el Poder.

En París vuelve a hablarse de un viaje de la emperatriz Eugenia a la capital del mundo católico con motivo de las próximas solemnidades religiosas de Semana Santa. Como es natural, a este viaje se da una gran significación política, y aunque ya en otras ocasiones se ha hablado sin fundamento de proyectos semejantes, ahora se cree que la presencia de la emperatriz en Roma, coincidiendo con la retirada de las tropas francesas, tiene el objeto de dar al solio pontificio el apoyo moral suficiente a contrabalancear el material que va a faltarle. Ello es lo cierto, que al cumplirse el término de la estipulación de 15 de septiembre, los asuntos políticos de Italia presentan una faz muy distinta de la que en el nuevo reino esperaba encontrar el partido de acción. El contingente para el ejército pontificio se ha cubierto en Francia, el príncipe imperial contribuye con sus intereses particulares a costear el armamento de guerra de estos nuevos cuerpos de ejército, el emperador Napoleón se pronuncia decididamente en las Cámaras a favor de la conservación del poder temporal del Papa, y la emperatriz se dispone a ir en persona a prosternarse ante el solio pontificio. No era esta, seguramente, la perspectiva que soñaron para cuando expirase el plazo convenido entre el Gabinete de las Tullerías y el de Turín, los que sólo veían en Florencia la última etapa para penetrar en Roma.

El malhumor que este estado de cosas, poco halagüeño para sus intereses, produce en la corte de Víctor Manuel, ha venido a recaer en nosotros como de rechazo, y la nota de Lamármora dirigida al Gabinete español es una prueba.

Entretanto que estos asuntos entretienen la curiosidad y despiertan el interés de los hombres políticos, reanudando la serie de preocupaciones serias, un momento interrumpidas por el estrépito y la alegre vocería de la multitud que ha tomado parte en las últimas fiestas del Carnaval, los círculos científicos y literarios, así dentro como fuera de nuestro país, vuelven a su actividad acostumbrada. De Constantinopla dicen que han comenzado a celebrarse las sesiones de las conferencias sanitarias, prevaleciendo en ellas y en gran mayoría la opinión de que la terrible enfermedad, objeto de sus estudios y debates, es indudablemente contagiosa. La ciencia, pues, si esta opinión se confirma, tendrá que dar un paso atrás resucitando en lo posible el antiguo sistema de cuarentenas y aislamiento de los puntos invadidos. Como quiera que al aparecer la primavera no sería extraño que con ella apareciese otra vez el cólera en algunas localidades de nuestro país, creemos que sería muy conveniente que el gobierno y las corporaciones tuviesen un criterio a que ajustarse conforme con lo que de estas conferencias resulte. Los trabajos para la Exposición de los objetos traídos del Pacífico por la Comisión científica que acompañó a la escuadra española se prosiguen activamente, y a juzgar por las noticias que tenemos, será digna de la ilustrada e inteligente persona a quien se ha confiado la dirección de tan importante asunto.

Las Academias literarias y científicas, cumpliendo con el objeto para que fueron fundadas, dan asimismo señales de animación y vida. La de la Lengua ha premiado últimamente con el accésit, en sesión extraordinaria, las dos novelas españolas que, entre las varias presentadas al concurso,

se han juzgado dignas de esta honorífica distinción. Falta hace que, bien por medio del estímulo, bien por medio de discusiones didácticas sobre tan interesante asunto, las corporaciones literarias, apoyándose en la crítica, procuren señalar el verdadero camino de la novela nacional, que dadas las brillantes condiciones de imaginación que especialmente distinguen a los ingenios españoles, puede prometerse un brillante porvenir. La Academia de Ciencias Políticas y Morales, cuya presidencia estuvo encomendada al eminente repúblico y erudito literato D. Pedro José Pidal, ha nombrado para sustituirle en este importante puesto a D. Lorenzo Arrazola. La fama de que goza el más notable de los comentaristas de nuestras leyes en el mundo de la política y de las letras, justifica cumplidamente esta acertada elección, que con dificultad podía haber recaído en persona de más respetabilidad y méritos. Los teatros, saliendo del quietismo que en alguno de ellos se venía observando hace algunas semanas, han ofrecido en ésta diferentes novedades. En el Real ha habido de todo, pues mientras el público inteligente y de buen gusto no ha podido menos de aplaudir los conciertos sacros, y especialmente a la señora Rey-Balla y a los concertistas que le han acompañado en la interpretación del Ave María de Gounod, la misma distinguida cantante, el Sr. Abruñedo y el cuadro de artistas que ha resucitado el Hernani, para desesperación de los abonados al regio coliseo, han encontrado, en la indiferencia o en las muestras de disgusto del público, el castigo de su temeridad al acometer la obra de Verdi con tan evidente falta de fuerzas en unos, y de ensayos y de unidad en otros.

En el teatro del Príncipe, y en tanto que se continúan los ensayos de la última producción de Ventura de la Vega, la cual ya deberá haberse representado cuando El Museo llegue a manos de sus habituales lectores, se ha puesto a beneficio de la señorita Valverde la comedia titulada Un hombre público. Esta comedia, escrita con gracia y ligereza, pero cuyo asunto, por demás trivial, carece de interés y de importancia, ha tenido una regular acogida por parte del numeroso público, que pagaba con su presencia un tributo de simpatías a la beneficiada. Más lisonjero éxito ha obtenido en el teatro del Circo la pieza nueva titulada La tapa del cuello, que con la loa lírico-burlesca Caltañazor y Arderius, o de Dios nos venga el remedio, puesta en escena en el teatro de la Zarzuela, tiene el privilegio de llamar la atención de los aficionados al género entretenido y agradable, que a falta de grandes y transcendentales producciones, no dudamos en calificar de el mejor y más adecuado al fin que se propone el teatro moderno, que es enseñar y distraer. Cuando de las obras no resulta una gran enseñanza, lo cual no es del todo fácil, justo es que al menos resulte una razonable distracción.

Últimamente, el mismo teatro del Circo, que ya al principio de la semana ofreció una novedad a sus habituales favorecedores, ha puesto en escena, a beneficio de la simpática actriz doña Adela Álvarez, una obra que ha conseguido llamar la atención del público, y que por el ligero juicio que hemos podido formar de ella en una primera representación, merece los elogios que la Prensa le tributa. Dulces cadenas, que tal es el título de la nueva comedia con que se ha revelado autor dramático de mérito un joven escritor, hasta hoy casi desconocido, tiene, desde luego, para nosotros una gran recomendación, que consiste en no haber venido al

teatro precedida de esa atronadora sinfonía de aplausos de gacetilla, con la cual suelen anunciarse otras producciones, que al fin concluyen con un fiasco.

En el ensayo dramático del Sr. San Juan, si ensayo puede llamarse una obra que reúne las condiciones de la suya, no campea tanto la novedad y la importancia del pensamiento como el tino poco común con que lo ha desarrollado y la armonía que se advierte entre las diversas partes que lo componen.

El público con sus aplausos, y la Prensa con sus unánimes elogios, han recompensado dignamente al modesto joven que con tan legítimos títulos viene a pedir un puesto entre nuestros escritores dramáticos. Nosotros unimos nuestro más sincero parabién a los muchos que de todas partes recibe; pero entre el concierto de merecidas alabanzas que en este momento halaga sus oídos, permítanos el señor San Juan que, a la manera que los egipcios presentaban un ataúd en medio de sus festines y los romanos ponían un esclavo en el carro de la victoria para decirles a cada instante al triunfador acuérdate que eres hombre, nosotros, a nuestra vez, le recordamos que la carrera de escritor dramático es tan brillante como difícil; que de la escena, quizá con más razón que de la mujer, pudo decir Shakespeare: péfida como la onda, y que en este país donde tantos empiezan por el fin, la verdadera inteligencia no debe fiar mucho ni dormirse sobre los laureles de un primer escrito.

En los estrechos límites de una revista que ha de tratar diversos asuntos, no cabe el juicio crítico de una obra de tanta importancia como la que últimamente se ha puesto en escena en el teatro del Príncipe, y que con justicia ocupa en primer término la atención del público. Dejando a otros intacto el campo de la crítica literaria e histórica, por nuestra parte nos limitaremos a decir algunas palabras acerca de la primera representación de la obra del malogrado Ventura de la Vega, la cual, a pesar de las condiciones que hacen sumamente difícil su desempeño, ha sido una verdadera solemnidad dramática y un magnífico y merecido triunfo para su autor.

Mucho se ha discutido y se discute aún la conveniencia de representar una tragedia que, como la de que nos estamos ocupando, exige un cuadro de actores numeroso y escogido para que la interpreten, y un público inteligente y de un gusto muy depurado, para que sienta sus bellezas especiales. Los que opinan porque La muerte de César no debió ponerse en escena, dicen que la cuestión estaba prejuzgada por el mismo autor de la obra en el hecho de haberla impreso antes de llevarla al teatro, donde, según sus palabras, no esperaba verla nunca; su tragedia creyó, pues, Ventura de la Vega, que más era para leída que para vista representar. No obstante, la piedra de toque para aquilatar el valor de los trabajos dramáticos, es la escena. Hasta que la obra teatral no se anima y toma cuerpo, hasta que sus personajes no comienzan a moverse y a respirar, desenvolviéndose la acción en una forma más real y tangible a los ojos de los espectadores, no es fácil juzgar de sus condiciones escénicas ni de su verdadero mérito. Por nuestra parte no se nos ocultaba que la inspiración, demasiado casera, de la mayor parte de nuestros poetas modernos, tiene más familiarizado al público con las intrigas de tocador y las mezquinas pasiones de frac negro y corbata blanca, que con los imponentes vestíbulos

del Foro de Roma, y los enérgicos caracteres de los hombres de aquellos siglos; ni tampoco dejábamos de comprender que aunque hay actores de gran talento en el teatro del Príncipe, faltaría unidad en el cuadro, bastante numeroso, de los personajes de la obra; pero a pesar de todo, deseábamos verla en escena, y el éxito que ha obtenido nos ha confirmado en la idea que teníamos acerca de la conveniencia de su representación. El éxito de La muerte de César, de una obra hija tanto de la inspiración como del estudio, que ha debido ajustarse a rigurosos preceptos literarios, en la que ha sido preciso marchar por la senda que traza la historia, cuyo general conocimiento impide hoy ciertas desviaciones, no podía ser nunca uno de esos éxitos de interés palpitante, de emociones más vivas que profundas, éxitos de curiosidad o de sensación propios de la moderna escuela dramática. Más reposada, más severa, más fría, si se quiere, la tragedia de Ventura de la Vega, fruto de un trabajo concienzudo, retrato fiel de una época histórica, vestida con galas poéticas tan graves, tan sencillas como la toga y el manto de sus personajes, habla a un mismo tiempo a la inteligencia que al sentimiento, y de la dulce armonía que forman al combinarse las dos cuerdas que vibran a la vez en el corazón y en la cabeza de los espectadores, resulta ese placer profundo, tranquilo e indefinible que producen las verdaderas obras de arte en los que alcanzan a comprenderlas y están organizados para poder sentirlos. El escogido público que en la noche del estreno llenaba las localidades del teatro del Príncipe, reunía, casi en su totalidad, estas condiciones. El triunfo del poeta cuya pérdida llora aún, y llorará largo tiempo la musa castellana, fue, pues, tan satisfactorio y tan legítimo como era de esperar. Ya desde mucho antes que comenzara la representación de la obra, el animado aspecto de la sala, y la multitud de personas conocidas en el mundo de las letras, la política y las artes, que habían acudido a esta solemnidad literaria, nos dieron la medida del entusiasmo y la general aceptación con que sería acogido el homenaje que la empresa del Príncipe trataba de ofrecer a la memoria de Ventura de la Vega. Durante el curso de la representación, el profundo silencio con que escuchaba el público los altos conceptos en que abunda la obra, sólo se interrumpía de cuando en cuando para dar lugar a espontáneas manifestaciones de aprobación y aplausos unánimes. Al terminar el último acto el busto de Ventura de la Vega fue coronado en la escena entre las entusiastas aclamaciones del público, que arrojaban coronas, versos y flores, y Romea, con la voz entrecortada por la emoción, pero con esa entonación y ese sentimiento admirables con que sólo él sabe hacerlo, leyó la siguiente poesía de D. Ricardo de la Vega, uno de los hijos del ilustre autor de la obra que acababa de representarse:

«Hoy, que del romano sol

de nuevo la lumbre brilla,
se empaña el sol de Castilla
llorando al vate español.
César no ha muerto: al crisol
del que padre suyo fue,
vive, alienta, se le ve;
y para verlo en tal día,
¡al padre del alma mía
no hay quien la vida le dé!

Crezca en entusiasta ruido
que en esta noche sublime
placer y dolor imprime
a mi corazón herido.
Rásguese el velo tupido
que oculta misterio santo,
y a ti, en armonioso canto,
llegue, ¡oh padre sin igual!,
el aplauso universal,
y de tus hijos el llanto.

Público, vates y actores
que, para honrar la memoria
de quien os lega su gloria
tejéis coronas de flores:
¿cómo tan tiernos favores
puede un hijo agradecer?
¡Si es la gratitud deber
y esperáis el galardón,
ahí os va mi corazón;
no tengo más que ofrecer!»

Algunos días después de la representación de La muerte de César, hemos asistido a otra solemnidad más grave y también conmemorativa de un ilustre poeta, cuyo nombre constituye por sí solo una verdadera gloria nacional. La Academia Española acordó celebrar solemnes honras fúnebres por el eterno descanso de su difunto director, el ilustre duque de Rivas, y unos invitados, otros espontáneamente, todo lo más escogido de la sociedad madrileña ha acudido a la real iglesia de San Isidro, a pagar este respetuoso y cristiano tributo a la memoria del autor de Don Álvaro.

El nombre del duque de Rivas, que con este motivo vuelve a evocarse en la Prensa, rodeado del prestigio y el respeto que merece, ha contribuido a que se reanime la cuestión de la corona poética que los literatos españoles trataban de dedicarle, al mismo tiempo que se diera en el teatro del Príncipe una representación extraordinaria de la más notable de sus obras escénicas. Esperamos que la comisión encargada de disponer los medios de honrar dignamente la memoria del hombre que por sus condiciones de corazón y de talento supo conquistarse el cariño y la admiración de sus conciudadanos, no demorará el día en que el país pueda satisfacer esta deuda de gratitud contraída para con uno de sus más esclarecidos ingenios.

En política, la semana se ha presentado más escasa de acontecimientos que en literatura. Respecto a España, lo más corto y lo más prudente nos parece decir que nada ha sucedido, pues si bien se ha insertado en la Gaceta la sentencia condenando al general Prim y a los que le siguieron en las sublevaciones de Aranjuez y Ocaña, y hemos tenido conocimiento de las deliberaciones de la Cámara portuguesa, favorables en su mayoría al acuerdo del Consejo de Ministros extrañando, al mismo famoso personaje del vecino reino, tanto estos sucesos como el tratado de alianza ofensiva y

defensiva entre Chile y el Perú, eran cosas sabidas o esperadas y, por lo tanto, el interés que han inspirado, corto y pasajero.

En el exterior, la Prensa extranjera se ocupa, comentándola de diversos modos, de la revolución de los Principados. Esta revolución, que puede decirse que no ha sido vista ni oída y que, de la noche a la mañana ha dado, sin embargo, en tierra con el príncipe Couza, destruyendo en un día y desbaratando con golpe violento una de las más arduas y complicadas, de la diplomacia europea, aunque animada de cierto espíritu liberal, no ha aparecido con tendencias democráticas. Llevada a cabo por el ejército, con la cooperación de las masas populares, se ha consumado sin derramamiento de sangre, y después de arrancarle un acta de abdicación al príncipe destronado y de autorizarle para abandonar el país, los miembros del Gobierno provisional se han apresurado a ofrecer la corona al conde de Flandes, hermano menor de Leopoldo II, actual rey de Bélgica. Pero los tiempos se presentan tan duros para reinar que lo que en otras épocas se consideró el límite de la humana ambición, hoy sale poco menos que a la plaza pública y se ofrece casi de balde, sin encontrar licitadores. Ejemplos son el trono de Méjico, aceptado con tanta dificultad y tantas condiciones; el de Grecia, vacante largos meses y ocupado a duras penas por un príncipe dinamarqués; el de Rumania, en fin, que no ha admitido el conde de Flandes y que esperará vacío a que las potencias europeas le busquen un candidato con la linterna con que Diógenes buscaba un hombre. Fuera de este acontecimiento que, aunque lejano, llama la atención y fija por el momento el interés de los que siguen el complicado curso de la política extranjera en todos sus detalles, nada de particular o de nuevo ocurre. En Italia, como se esperaba, el gabinete Lamármora ha salido triunfante en la votación de las Cámaras, donde se discutía una cuestión que el Gobierno creyó que, de aprobarse, podría significar un voto de desconfianza. En Inglaterra siguen a vueltas con la vasta conspiración de los fenianos irlandeses, que, como a la hidra de la fábula, parece que le renacen las cabezas a medida que se le cortan; y, por último, la Prensa de los demás países comenta la nota del cardenal Antonelli sobre las consecuencias del tratado de 15 de septiembre, nota que acaba de hacer pública El memorial diplomático.

Terminada ésta que pudiéramos llamar digresión política, y volviendo al terreno literario y artístico en que comenzamos nuestra revista de la semana, réstanos aún escribir algunas líneas para completar el cuadro de los acontecimientos que en ella han ocurrido. La nueva empresa de la Zarzuela, a cuyo frente se ha colocado el simpático actor Arderius, acaba de ofrecer un juguete en un acto, titulado Don Genaro, debido a la pluma que ha escrito Don Tomás y El último mono. Este juguete, aunque inferior a las festivas y populares obras de su autor, revela en algunos chistes y en la viveza y la facilidad del diálogo las indisputables condiciones de talento y espontaneidad que adornan al Sr. Serra. La comedia del Sr. Mozo Rosales, estrenada en el mismo teatro con el título de La niña mimada, es una producción ligera destinada a entretener algunas noches al público que acude al teatro de Jovellanos y a pasar sin dejar huella alguna.

Los diletantes son los que están de enhorabuena con la llegada de Tamberlik, el cual viene a pronunciar el quos ego, de Neptuno, calmando con el mágico eco de su poderosa voz las tempestades del teatro de

Oriente. Cuando esta revista se publique, si los carteles no nos engañan, lo cual suele suceder con alguna frecuencia, ya el tenor favorito del público madrileño habrá debutado en La Africana, obra en la cual le auguramos un brillante éxito.

Ahora que hemos puesto fin a nuestra periódica revista y que febrero, para morir tan loco como ha vivido, se despide de nosotros azotando los vidrios de nuestros balcones con una espesa lluvia de blancos y menudos copos de nieve, vamos a leer sentados al calor del fuego los últimos versos que han brotado de la elegante pluma de uno de nuestros más dulces poetas. En uno de los próximos números hablaremos más largamente de El Caudillo de los Ciento, novela escrita en verso por D. Antonio Arnao, que es el nuevo libro que hoy ocupa la atención de los círculos literarios y al que acabamos de aludir en las líneas anteriores.

La Real Academia Española ha celebrado una sesión extraordinaria para conmemorar dignamente entre sus individuos el nombre del ilustre duque de Rivas. Correspondiendo a su galante invitación hemos tenido el gusto de asistir a esta solemnidad literaria.

Nuestro corazón se dilata y se ensancha nuestro ánimo cuando, haciendo punto un instante en medio de las graves preocupaciones políticas que nos rodean, en medio de la inquietud y las luchas de encontrados principios e intereses que nos agitan, encontramos ocasión de asistir a un espectáculo tan consolador y satisfactorio como el que ofrece una corporación, respetable por los méritos de los individuos que la componen, al reunirse grave y sosegadamente para consagrar un público y solemne testimonio de su gratitud y admiración, no al hombre político, no al grande de España, sino al poeta que entró un día por las puertas de la Academia trayendo su Romancero histórico en la mano como el mejor título a tan señalada honra.

El acto, al que han concurrido, a más de los académicos que forman parte de la corporación, multitud de individuos de otras academias científicas, y personas conocidas por su posición en el mundo de la política y de las letras, estuvo realzado con la presencia de algunas elegantes damas, entre las que en lugar preferente tuvimos el gusto de ver a las de la familia del inolvidable duque, cuyo busto de mármol, colocado sobre la mesa de la presidencia, delante del sitial vacío y cubierto con un velo negro, nos traía a la memoria el tiempo en que el respetable anciano, aquejado ya de los males que habían de concluir con su existencia, venía aún a dirigir los debates y a aportar a las más oscuras cuestiones la luz de su esclarecido ingenio.

Pero nuestro recuerdo se hizo más vivo, y la figura del hombre notable por tantos conceptos, en cuya honra tenía lugar aquella solemne reunión, comenzó a dibujarse con líneas cada vez más acentuadas a los ojos de la fantasía, cuando el excelentísimo señor don Leopoldo Augusto de Cueto, unido al ilustre difunto por estrechos lazos de parentesco y de íntima amistad, cumpliendo el triste al par que satisfactorio encargo que

la Academia había tenido a bien confiarle, comenzó a trazar a grandes rasgos el cuadro de la agitada y gloriosa vida del poeta, examinando de paso la índole de sus creaciones más populares, y apreciando el conjunto de sus obras literarias con un alto y luminoso criterio, que puso de relieve el carácter del autor, la especialidad de su talento y el influjo que había ejercido en su época. El trabajo del Sr. Cueto, tan digno de llamar la atención por su elegante forma y castizo lenguaje, como por el tino y la profundidad de sus observaciones críticas, fue acogido con significativas muestras de aplauso por parte del numeroso y escogido auditorio que llenaba el local de la Academia, colmando la medida del entusiasmo producido en los concurrentes por los brillantes rasgos de la necrología del autor de Don Álvaro y de El moro expósito, la lectura de dos de sus más hermosas y espontáneas inspiraciones poéticas, El faro de Malta y La vejez.

Las gratas impresiones que dejó en los ánimos esta grave y brillante solemnidad, con la cual puede decirse que se inauguró la semana última, se han ido luego borrando poco a poco para dejar lugar a otras ideas menos agradables. Las noticias recibidas del Pacífico por la Mala inglesa, no son, en efecto, las más satisfactorias para los que se nos hacen siglos los días que pasan, sin haberse lavado de una manera honrosa y digna la afrenta inferida a nuestro pabellón por los chilenos. Antes por el contrario, un suceso que, a juzgar por los precedentes conocidos, se podía prever, y que, por tanto, aunque nos ha indignado, no debía cogernos de nuevas, ha venido a aumentar el largo catálogo de las informalidades, los agravios y los insultos de que España tiene que pedir estrecha cuenta a las repúblicas americanas hostiles a nuestro país.

El Perú, sin tener en nada lo pactado y concluido por su anterior presidente, tal vez envalentonado con el pasajero y traidor éxito de Chile, nos acaba de declarar formalmente la guerra. Nada más hinchado y ridículo que el documento en que lo hace. El dictador Prado, abusando en él de la credulidad de sus compatriotas, les da la seguridad de un próximo triunfo, saca a relucir las tan manoseadas glorias de su independencia (independencia cuyo poco mérito, dadas las circunstancias en que se realizó, ha patentizado ya la historia), y encarga por último a la marina peruana la venganza nacional.

Cierto es que las baladronadas del Perú, a que tan acostumbrados nos tienen sus gobernantes, no son cosa para quitar el sueño a ninguna nación que, como la nuestra, tenga la conciencia de su superioridad en todos los terrenos; pero bueno será, de cualquier modo, hacerles entender a los que tan fácilmente se olvidan de la impotencia que les obligó no ha mucho a darnos las más satisfactorias explicaciones, que aún nos sobran medios y ánimos para obligarles a cumplir lo pactado.

Según los últimos partes, nuestra escuadra, después de levantar el bloqueo de los puertos, se ha reunido para salir en busca de las fuerzas navales enemigas. Estas fuerzas, por su parte, evitan cuidadosamente el encuentro de los buques españoles, pues divididas aún las de Chile y las del Perú, aguardan sin duda a hallarse juntas y a ser reforzadas con los dos buques que han salido de los astilleros de Francia e Inglaterra, para decidirse a aventurar un combate.

Por lo que a nosotros toca, es tan grande la confianza que tenemos en

los valientes marinos encargados de mantener en las aguas del Pacífico el pabellón nacional a la altura que le corresponde, que hacemos los más fervientes votos porque ese encuentro se realice, en la seguridad de que su resultado dará ocasión a una nueva y gloriosa página en los anales de la marina española, tan fecundos ya en hechos brillantes y heroicos.

Respecto a política interior continuaremos, siendo tan parcós como la índole de nuestro periódico exige. Las discusiones del proyecto de ley sobre imprenta sigue su curso en el Senado, y en el Congreso el discurso del conde de San Luis ha llamado de tal modo la atención pública, que durante algunos días ha sido el único objeto de los comentarios de la Prensa y de los círculos políticos.

Si la ciencia no hubiera demostrado ya de una manera incontestable que nuestro Globo gira en el espacio, la impresión que ha producido este discurso nos daría ocasión para exclamar con Galileo: E pur si muove. Porque, en efecto, ¿a quién de los que asistieron a la famosa sesión en que fue pronunciado, no le brotaría espontáneamente de los labios esta frase, aunque vulgar, por extremo gráfica: «¡Qué vueltas da el mundo!?»

En París también está siendo objeto de controversias vivísimas otro magnífico e importante discurso. Monsieur Thiers, cuya activa energía y profundo talento ni se cansan ni se debilitan con los años, ha dado una nueva batalla a la tiranía democrática del imperio, a nombre de las que llama libertades racionales. La acometida ha sido brusca, pero hoy como ayer, el golpe de la elocuencia del célebre historiador se embotará en la compacta masa de la mayoría que, como una avalancha, caerá con sus votos sobre una minoría pequeña por su número, aunque grande por las notabilidades que la componen.

Al mismo tiempo que del discurso de monsieur Thiers, los diferentes círculos de la capital de Francia se preocupan de otros mil y mil diversos asuntos que dan pasto a su incesante actividad intelectual. Los diplomáticos hablan de las próximas conferencias en que las naciones signatarias del tratado de París han de reunirse para arreglar definitivamente la cuestión de los Ducados, y tal vez para tratar de los asuntos de Italia, de cuya responsabilidad no le disgustaría al emperador descartarse un poco, repartiendo el grave paso entre varias potencias.

Los filarmónicos se ocupan de una notabilidad, cuya aparición en el teatro Lírico obtendrá seguramente un éxito de curiosidad extraordinario: trátase de un verdadero fenómeno, de una joven de diez y ocho años, hermosa y con talento, que, a más de estas recomendables cualidades, posee una magnífica y robusta voz de tenor. El hallazgo no puede ser más oportuno para el mundo musical, hoy que los buenos tenores escasean tanto y, por nuestra parte, no desesperamos que siguiendo adelante en sus pesquisas los que han logrado encontrar este tesoro, darán el mejor día del año con alguna otra joven que pueda desempeñar la parte de Bertrán, del Roberto, o la del Gran Pontífice, en El Nabuco. Y no paran aquí las novedades que la capital del vecino imperio ofrece en la actualidad a sus habitantes, pues la venta de la quinta romana del príncipe Napoleón y las de varias colecciones de muebles históricos, cuadros, vasos, medallas y autógrafos importantes, traen en continuo movimiento a los amateurs de estas curiosidades, así franceses como extranjeros, entre los cuales y a propósito de la valuación de estos tesoros sacados a pública subasta, se

suscitan las más acaloradas y curiosas controversias artísticas, arqueológicas y paleográficas.

Entre nosotros, si bien en pequeña escala, no deja de notarse algún movimiento. La Academia de Juegos florales ha publicado el programa en lengua limosina, convocando a los justadores literarios a la lid abierta para ganar la flor de oro, que, como en los buenos tiempos de los trovadores provenzales, ha de entregar una dama al vencedor; aunque modesto, un inventor español acaba de ensayar un descubrimiento útil: aludimos al peso para distinguir infaliblemente las monedas de ley de las falsas, descubrimiento que hoy, que circulan tantas de dudosa legitimidad, no es como vulgarmente suele decirse para echado en saco roto; en algunas provincias se anuncian exposiciones parciales agrícolas y de ganados, y en todas ellas se activan los preparativos para el envío de los productos y objetos que han de representar a España en la universal de París.

Entretanto en la corte, después de la política, que es la idea que preocupa siempre en primer término, los teatros son los que tienen el privilegio de llamar la atención más constantemente. Las representaciones del César siguen llamando al público al elegante coliseo del Príncipe, mientras la obra de Ventura de la Vega encuentra diversa acogida entre los críticos de la Prensa periódica. La Zarzuela, dando a luz obrillas cómicas y ligeras, unas con mejor, otras con peor éxito, y agotando todos los recursos que posee la imaginación de su actual y simpático director Arderius, al que ayuda en esta campaña el inimitable Caltañazor, logra entretener a sus abonados ofreciendo espectáculos si no altamente trascendentales y literarios, al menos variados y divertidos. El Pastelero de París, El Colmillo del Elefante y la serie de cuadros vivos, ejecutados por los individuos de la compañía, que son las novedades que ha ofrecido en la semana, pertenecen a ese género de bromas con las que la severa crítica no tiene que ver nada, y que en logrando desarrugar algunos ceños y arrancar algunas sonoras carcajadas del público, que va de buena fe a divertirse, pueden bajar al panteón dramático con la tranquilidad de que han llenado su objeto.

Por último, y según habíamos previsto en nuestra anterior revista, Tamberlik ha obtenido un triunfo al aparecer en la escena del teatro Real con La Africana. La obra de Mayerber, realizada con el poderoso concurso de un artista tan de primer orden, ha podido ser apreciada por el público en cuanto vale. Durante todo el curso de la representación, los aplausos del auditorio, sustituyeron a los chicheos y silbas a que ya casi nos tenían acostumbrados los recalcitrantes del regio coliseo, y al llegar al magnífico dúo de Vasco de Gama y Zelika, el entusiasmo de los espectadores llegó a un punto difícil de pintar. Bástenos decir, para dar una idea, que la señora Rey Balla y Tamberlik fueron llamados hasta siete veces a la escena. Verdad es que como todo es relativo en este mundo, según el dicho de D. Hermógenes, las siete veces que han sido llamados al palco escénico los intérpretes de La Africana, son nada con las que el público de Roma ha hecho salir al maestro Petrella en la primera representación de su nuevo spartito «Caterina Howard». Según un periódico, el público romano, entusiasmado con las bellísimas melodías de esta ópera, hizo salir al maestro al foro hasta cincuenta y cuatro veces. Francamente, este fatigoso ejercicio, más que premio por una buena obra, parece penitencia impuesta

por algún desaguizado musical.

Al fin se rompieron las hostilidades entre Austria y Prusia. Suele decirse a menudo, y nosotros lo hemos repetido algunas veces, para dar a entender que ha dado principio una guerra que se ha disparado o se va a disparar el primer cañonazo. La guerra presente, que, según aseguran, se ha venido tramando en silencio desde la famosa entrevista de Napoleón, Bismarck y Nigra en las playas de Biarritz, por burlar hasta última hora la previsión de los curiosos políticos, ha comenzado el drama con una escena mímica lo menos ruidosa posible. Hasta el momento, sólo ha tenido lugar un choque de la caballería austríaca con la prusiana, en el que ésta ha llevado la peor parte. Los cañones guardan aún un prudente silencio, pero dentro de muy poco abrirán sus formidables bocas para concluir la complicada polémica diplomática de un modo más enérgico y terminante que lo hubieran podido hacer los más elocuentes hombre de Estado en las frustradas conferencias.

El conflicto europeo está en pie. Hora es de medir, aunque ligeramente, sus gigantescas proporciones. Para poderlas apreciar con alguna exactitud, fuerza es tender la vista a nuestro alrededor fijándonos en la actitud en que al comenzar la guerra están colocados cada uno de los países que, más o menos directamente, se encuentran interesados en la lucha, de la cual podrían, en un caso dado, ser actores muchos de los que al presente se limitan a desempeñar el papel de testigos.

Austria y Prusia, cuyo antagonismo secular sólo se debilita a intervalos para reaparecer más enconado e intransigente, si se atiende a los datos que arroja la estadística militar, tienen casi niveladas sus fuerzas. Pero hay que hacer una observación importante. En Austria la guerra es popular; en Prusia no; o al menos Bismarck, que es el alma de ella, lucha inútilmente por levantar el espíritu público en favor de sus proyectos, de los que sospechan puedan ser tan sólo un medio hábil para distraer la atención del régimen político que con tan extraña tenacidad sostiene.

Hay otra desventaja en contra de Prusia. El Gabinete de Viena, insinuando hábilmente la idea de que el término de la cuestión podría ser la pérdida de la frontera del Rhin, ha herido la fibra nacional alemana, consiguiendo poner de su lado a la mayoría de los miembros de la federación. El equilibrio de poder, roto por la parte de Prusia, se restablece al caer en la balanza el peso de Italia.

En Italia la guerra es altamente popular e hija de un puro y exaltado sentimiento patriótico. Preparado de antemano el Gabinete de Florencia a las eventualidades de un choque inevitable en término más o menos próximo y ayudado en sus aprestos militares por una nación poderosa y amiga, cuenta con grandes recursos para comenzar la lucha, y se siente fuerte con la cooperación de un pueblo que despierta entusiasta a la nueva vida de la dignidad y la independencia, deseando dar muestras de que ha llegado al período de virilidad en que las naciones se bastan a sí mismas para

conquistarse un puesto preeminente.

Decíamos, pues, que al caer el peso de Italia en la balanza de las probabilidades de éxito, el fiel se mantenía en equilibrio entre las partes contendientes, y por nuestras palabras acerca de los medios con que cuenta Víctor Manuel parece que no sólo restablece su equilibrio, sino que la vence del lado de las dos naciones aliadas. Hay, sin embargo, que no dejarse deslumbrar por el exterior homogéneo y simpático que ofrece una causa tan grande y popular como la italiana, midiendo sus fuerzas por la simpatía que inspira. Por debajo de la brillante superficie se extiende una red de intereses heridos, de odios mal apagados, de aspiraciones reprimidas, mas no olvidadas. Esa masa, numerosa aunque dispersa, espía en silencio una ocasión, mina sordamente el país, y no porque ponga un empeño particular en ocultarse, debe pasar desapercibida a los ojos del que intenta de buena fe sondear el verdadero estado de las cosas. El destronado rey de Nápoles, manteniéndose en su manifiesto dentro de los límites de una prudente reserva, aconsejando la calma, y exhortando a sus parciales a continuar unidos y en expectativa, traza claramente esta línea de conducta, más temible que la acción franca y desembozada.

La actitud de Roma no es menos digna de ser tomada en cuenta. Encerrada en un profundo silencio, aislada en medio de la lucha, trata de mantenerse impasible y extraña a los sucesos que a su alrededor se desenvuelven, pero ¿quién podrá calcular el efecto de su autoridad respetable cayendo en un momento oportuno al lado de uno de los contendientes?

Además, cosa extraña, pero que se explica: la guerra con Italia es, en Austria, tanto o más popular que la de Prusia. Hay todavía en el fondo del corazón de los austríacos algo de aquella avidez y aquella ansia que empujó irresistiblemente en otros siglos a las razas del Norte sobre el Mediodía, cuyo sol y cuyo cielo equivalen a un paraíso; hay, junto a ese impulso poderoso, el deseo de vengar las derrotas de Solferino y Magenta.

Tal es la situación de las tres grandes naciones que hasta ahora han aparecido en escena, y a las que está encomendado el prólogo del inmenso drama que tiene el privilegio de absorber la atención del mundo en los actuales momentos. Sin embargo, detrás de los bastidores se adivina que hay más de un personaje vestido y dispuesto a salir a las tablas apenas lo requiera el argumento, que amenaza ser complicadísimo. Algunos de ellos se han anunciado ya convenientemente, y, según lo requieren las reglas clásicas de las obras teatrales. Francia proclama en alta voz su neutralidad; pero es una neutralidad incomprensible. La carta de Napoleón a su ministro de Negocios Extranjeros, es un verdadero logogrifo. Su empeño, dice, es mantener la obra de Francia en Italia. Si ésta se ve amenazada, por cuestión de honor nacional, se encontrará precisada a terciar en la cuestión con las armas en la mano. Pero ¿cuál es la obra de Francia? La creación del reino de Italia tal y conforme se encuentra constituido. Si la Lombardía y el Milanesado vuelven a poder de los austríacos, he aquí su obra deshecha.

Si por el contrario, Venecia sale de manos del Austria para incorporarse a los dominios de Víctor Manuel, sucede lo mismo. ¿Será éste el sentido de la carta imperial? En fuerza de ser lógico, parece absurdo.

Napoleón no debe permitirse la candidez de aparentar que cree la

cuestión reducida a un duelo de amor propio entre las partes beligerantes. He aquí explicado por qué Rusia, que sospecha, y no sin falta de razón, que Francia ha de ser neutral mientras la fortuna ayude a Italia, y ha de salir de su reserva si por casualidad le vuelve las espaldas, ha declarado terminantemente que un paso del Gabinete de las Tullerías en este sentido, la determinaría a tomar una parte activa en el asunto, colocándose al lado de Austria, a cuyo fin concentra en la frontera un ejército de observación compuesto de 200.000 hombres.

Por lo pronto, estos son los dos nuevos adalides que, armados de punta en blanco, presiden la liza, no con intenciones de arrojar el bastón en medio de los combatientes cuando se enardezca la lucha, sino con el de bajar, lanza en ristre, a la arena a compartir sus peligros y su suerte. Mas entretanto que con más o menos franqueza cada cual se coloca en un determinado sitio y deja traspasar sus intenciones, ¿qué hace Inglaterra? Napoleón, engolfado en la prosecución de sus trascendentales combinaciones, vuelve de cuando en cuando los ojos hacia el Canal de la Mancha, y acecha con miradas furtivas a su eterna rival, tratando de traslucir sus pensamientos. Inglaterra, muda e impasible, le ve hacer, aparenta preocuparse con sus asuntos interiores, y se oculta bajo la impenetrable máscara de una glacial indiferencia. Algo medita, sin embargo. La casi imperceptible sonrisa que dilata sus delgados labios, trae inquietos a los que se dedican a augures de su semblante. Dinamarca, Suecia y Noruega, obedeciendo a sus ocultas insinuaciones, estrechan en silencio el lazo de la unión escandinava, y esperan también, envueltas en una reserva impenetrable y fría, como sus eternas nieves. Toda la Europa en armas, levantando cada país su bandera al primer grito y amenazando mezclarse en una contienda titánica, ardiente y general desde el principio, sería menos temible que esa calma preñada de proyectos oscuros que rodea a los combatientes. Hay algo de pavoroso en la actitud de esos países que aguardan el momento en que la fortuna vuelva una vez la espalda a un poderoso enemigo para caer sobre sus restos y desbaratar su obra, ya que no puedan repartirse sus despojos. Se presiente en la pesadez de la atmósfera que nos rodea como el informe conato de un Waterlío colossal. El segundo imperio, menos brillante y ruidoso que el primero, tiene, no obstante, raíces más profundas, y para descuajarlo se ha de sentir una muy honda conmoción. El Waterlío de Napoleón I fue la caída de un hombre; el del III sería la de un orden de cosas encadenadas estrechamente entre sí, y que han tenido tiempo de solidificarse. Al detenerse un punto a meditar sobre las arduas cuestiones arrojadas a la arena de la discusión en estos graves momentos, después de haber examinado rápidamente los móviles que impulsan a otros países, las probabilidades de éxito con que cuentan, y los proyectos que, más o menos fundadamente, se puede presumir que abrigar, ocurren naturalmente multitud de reflexiones que a medida que vayan sucediéndose los acontecimientos, iremos exponiendo a la consideración de nuestros lectores.

Hace poco, los que oyeron a Napoleón decir a los trabajadores del Campo de Marte:

«No desmayar en vuestras tareas; la Exposición ha de celebrarse en medio de la más profunda tranquilidad», auguraron de aquí que la paz no se turbaría. Al ver hoy que los trabajos para la próxima Exposición universal

siguen activamente y que los obreros que se retiran a descansar de las fatigas del día son sustituidos por otros que siguen la faena con ayuda de un faro eléctrico, durante la noche, no puede darse otra explicación a sus palabras, sino que la guerra que se dispone ha de ser sangrienta pero breve.

Tal es el cuadro que ofrece la política exterior al expirar la presente semana. La carencia de otros sucesos más importantes y la imposibilidad de ocuparnos de algunos que se realizan entre nosotros, por no permitirlo la índole de este trabajo, nos ha hecho detenernos deliberadamente en trazarlo a nuestros lectores, pues terminada por el momento la cuestión del Pacífico, todo el interés se reconcentra en adelante en el nuevo teatro de la guerra.

Respecto a espectáculos, tampoco podemos añadir gran cosa. De los caballitos del Circo, donde nada nuevo se hace, nada nuevo puede decirse. Como presumíamos, la empresa de los Campos Elíseos vino al suelo combatida de las mil contrariedades con que ha tenido que luchar desde su creación. Aunque se habla mucho de música y conciertos de todos tamaños, chicos, medianos y monstruosos, la cosa no ha pasado aún de la categoría de proyecto. Cuando se realicen, daremos cuenta a nuestros lectores del resultado.

El mal tiempo ha hecho que en el presente año se hayan retrasado las expediciones veraniegas, ya al campo, va a los puertos de mar y a los establecimientos de baños, donde unos acuden en busca de salud y otros a caza de aventuras de todo género. Es de esperar que si la atmósfera se despeja y desaparecen las nubes que constantemente han estado casi toda la primavera amagando y aun descargando sobre nuestras miserables humanidades terribles aguaceros, los habitantes de la corte se apresuren a hacer la maleta y se marchen, como suele decirse, con la música a otra parte.

No obstante el estado excepcional en que aún se encuentra la corte, la política interior comienza a dar algunas señales de vida. La lectura del proyecto de contestación al discurso de la corona, ha tenido lugar en el Senado, sin otro incidente notable que el promovido en una cuestión previa a propósito de la mayor o menor conveniencia de entrar en los debates consiguientes a la aprobación del proyecto, hallándose aún en estado de sitio la capital de la monarquía. Resuelto este incidente, se ha dado principio a la discusión, la cual, aunque ofrece grande interés, no halla en la Prensa ni en los círculos políticos el eco que hubiera encontrado a ser otras las circunstancias.

En las Cortes, si bien no han comenzado aún los debates, la lectura del documento en que este Cuerpo colegislador contesta al de la corona, ha dado ya lugar a que la opinión pública se fije en la especial actitud de la mayoría. Del seno de esta mayoría salió la comisión que ha redactado el párrafo en el cual se aboga calurosamente por la conservación del poder temporal del Papa, y del seno de esta misma mayoría saldrán los defensores del proyecto de enmienda de ese párrafo en que sus impugnadores creen que se ha ido mucho más allá del pensamiento del Gobierno.

A distraer la atención de este incidente, que se presta, en efecto, a comentarios de muy diversa índole, ha venido por último la presentación en la Alta Cámara de dos proyectos de leyes importantes.

Uno de ellos se dirige a modificar la actual ley de imprenta en

sentido restrictivo; el otro tiende a introducir algunas novedades en la de asociación y reuniones públicas. Como anunciábamos en nuestra última revista, no ha transcurrido mucho tiempo sin que en la política interior se hayan realizado significativas variaciones.

Estos nuevos asuntos que sirven de tema a los diferentes cálculos y apreciaciones del país no logran, sin embargo, amortiguar el creciente interés que despierta cuanto se relaciona con la cuestión de Chile.

Antes de ahora habíamos hablado de un combate entre un buque de nuestra escuadra con varios otros, procedentes de Chile y el Perú, combate en el cual nuestra marina de guerra había colocado el pabellón nacional a la altura que le corresponde.

Estas noticias halagüeñas que, aunque extraoficiales, llegaron hasta nosotros por tan diferentes conductos que parecían excluir toda idea de desconfianza en su autenticidad, las confirmó nuevamente una carta recibida en Barcelona, en la cual se refiere el suceso con tantos pormenores, que a nadie quedaba ya sobre el particular la más remota duda.

No obstante, la llegada del correo del Pacífico y el silencio del diario oficial, han venido a echar por tierra todas las ilusiones que se habían forjado acerca del éxito de nuestras armas en aquellos países. La reacción producida en el espíritu público alienta, en cierto modo, a los que complaciéndose en amontonar dificultades en el porvenir, auguran a este asunto un desenlace desastroso para nuestra honra y nuestros intereses. Nada más lejos de nuestro ánimo que el temor de que esto suceda, pero aunque abrigamos confianza en el valor de nuestros marinos, no dejaremos un instante de unir nuestra voz a la del país todo, que ansía y pide más actividad en la resolución de un asunto que cada día que se demora puede traernos, y nos trae efectivamente, una nueva complicación o un nuevo obstáculo.

Correspondencias de Londres, cuyo contenido hemos visto después confirmado en los centros oficiales, anuncian que se han hecho a la mar algunos buques chilenos armados en corso. Estos buques, tripulados por gentes a quienes guía más bien que una idea patriótica el cebo de una ganancia segura, la experiencia nos enseña con cuánta facilidad se multiplican ante la perspectiva de una larga guerra. Hoy por hoy las fuerzas marítimas de que disponemos bastan a proteger nuestras costas y los intereses de nuestras embarcaciones mercantes, pero ¿quién nos asegura que si los accidentes de la lucha hacen necesario el refuerzo de la escuadra del Pacífico, los buques chilenos y peruanos armados en corso no nos crearán serios conflictos?

Fuera de las noticias referentes a esta cuestión, cuyos menores detalles tienen importancia para nosotros, ninguna de las que se reciben del exterior respecto a la política de las otras naciones ofrece nada de notable.

Las exequias del príncipe Othon, cuya temprana muerte ha venido a aumentar los pesares domésticos de Víctor Manuel, se han celebrado en Génova con una solemnidad y pompa inusitadas. El príncipe Othon había nacido en 1846, y aunque su salud fue siempre delicada, mostró en la investigación de algunos problemas científicos, a cuyo estudio era muy aficionado, condiciones de carácter y talento nada comunes.

En Francia, el emperador Napoleón, dando por un momento tregua a la

política, parece que se ocupa activamente en la prosecución de los gigantescos trabajos preparatorios de la exposición universal, en la cual trata de tomar parte figurando personalmente entre los expositores. A este fin, con la misma pluma con que escribió la Historia de César, tomando plaza entre los literatos, tira líneas, levanta planos y hace croquis para completar su proyecto, que una vez logrado, ha de traerle las simpatías de la clase obrera. Los trabajos que piensa exponer consisten en modelos de habitaciones que reúnan, a un precio extraordinariamente barato, todas las condiciones higiénicas y de comodidad apetecibles. Se dice que para que el público pueda juzgar competentemente los modelos imperiales, van a levantarse en el parque de la exposición tres o cuatro de estas casas, propias para obreros de la ciudad las unas, y las otras para labradores. Veremos si estos proyectos de que tanto se viene hablando en Francia, como una de las más eficaces medidas para la solución de las cuestiones económicas, respecto a la clase obrera, llegan a su madurez o sucede lo que entre nosotros, que siempre se quedan en los limbos de la ilusión y el buen deseo.

Si bien la semana se ha presentado escasa de novedades respecto al exterior, pues aparte de estas noticias y algunas otras de poca importancia, nada encontramos en las correspondencias y periódicos extranjeros a propósito para nuestra revista, la cual, debiendo ocuparse en globo de todas las cuestiones, sólo toca de ellas los puntos más salientes, en los círculos científicos, artísticos y literarios de la corte hemos podido observar algún más movimiento que el de costumbre.

Las personas encargadas de llevar a cabo la Exposición de los objetos remitidos al Gobierno por la comisión científica del Pacífico, se han reunido bajo la presidencia del director de Instrucción pública, a fin de acordar definitivamente las bases del proyecto. Según unos, la Exposición tendrá lugar en la histórica casa de los Lujanes; al menos esta parece que fue la primitiva idea del Gobierno. Otros, sin embargo, opinan por que se realice en el Jardín Botánico, local que juzgan más a propósito por sus especiales condiciones. En este sitio o en aquél, celebraríamos que la Exposición no se hiciese esperar mucho, pasando a la categoría de los mitos como la célebre hispano-americana, para la cual se hicieron tantos planos en balde y hasta se nombró una comisión y se señalaron los terrenos que habían de ocupar los parques y galerías.

La Real Academia de Medicina de Madrid ha celebrado la sesión inaugural del nuevo año 66 con la brillantez que acostumbra. Multitud de personas notables, así por su posición como por su talento, han concurrido a este acto científico, importante no sólo por las cuestiones que han tratado en sus discursos los que en él tomaron parte, sino por el estudio que despierta entre los que se dedican al estudio de la ciencia de curar el ver recompensados sus afanes y vigiliias de una manera oficial y solemne.

Así en la relación que hizo el Sr. Nieto y Serrano de los trabajos llevados a cabo por la Academia durante el año último, como en el discurso que leyó el Sr. Santucho sobre Las relaciones entre la Medicina y los sistemas de filosofía, el público ha podido apreciar distintamente el vuelo que van tomando en nuestro país cierto género de estudios, que en éste como en los diversos ramos del saber humano, anuncian una nueva era

de adelanto para nuestras escuelas profesionales.

Antes de terminar la sesión, el señor presidente adjudicó los premios a los autores de las Memorias que la Academia ha juzgado dignas de este honor, abriendo nuevamente concurso para los años de 1866 y 1867.

Después de esta solemnidad científica, hemos tenido ocasión de asistir a otra literaria no menos importante. La primera representación de una obra de Bretón de los Herreros, del ilustre decano de la comedia de costumbres españolas, se ha considerado siempre como un acontecimiento para las letras. El Abogado de los pobres, que tal es el título de la nueva joya con que el autor de La Marcela ha enriquecido nuestro teatro, merece, en efecto, ocupar el lugar preferente en que la colocan los críticos, al lado de las mejores que ha producido la misma chispeante y fecunda pluma. El pensamiento de la obra es altamente filosófico, mereciendo desde luego nuestro aplauso el fin moral que se propone su autor, combatiendo con todo género de armas la creciente ambición y el inmoderado afán de lucro y de goces que atormenta a la sociedad moderna, como una sed febril e insaciable. Esta misma idea la hemos visto más de una vez desarrollada así en nuestro teatro como en el extranjero, pero nunca hasta hoy había aparecido en la escena vestida con un traje tan español y tan característico. Los personajes que intervienen en la fábula no son, como por desgracia suele acontecer en nuestras comedias de ahora, un pálido trasunto de las pasiones, los sentimientos y los intereses de otra sociedad: a todos los hemos visto alguna vez, los conocemos, pasan en el mundo a nuestro lado. Desenvuelto el plan por medio de escenas naturales y perfectamente encadenadas, sin exagerados contrastes, sin efectos de relumbrón ni situaciones falsas, va el espectador hasta el fin de la obra movido de un agradable interés que jamás se debilita. El diálogo suelto, cómico y chispeante, ayudado de esa fácil y maravillosa versificación, que es la dote que más particularmente distingue a Bretón de los Herreros en cuanto escribe, completan las condiciones de esta lindísima comedia, que con tan justos y tan merecidos aplausos recibió la noche de su estreno el público.

Nosotros unimos nuestro más sincero parabién al de los que una y otra noche llaman al palco escénico a su popular autor, cuyo talento y admirables dotes se creían debilitados por los años y que hoy aparece más joven, más lleno de savia y brío que nunca.

También los apasionados por la música han tenido motivo para felicitar en la semana pasada. La inauguración de los conciertos clásicos en los salones del Conservatorio, han venido a indemnizar en parte a los que no hallan en el Teatro Real armonías dignas de sus delicados e inteligentes oídos.

A una parte de la sociedad, que sólo encuentra en la música pretexto para asistir a un teatro concurrido, mostrarse vestida de trajes elegantes, con los hombros cubiertos de una gasa transparente y el cabello prendido en una red de perlas, sobre el fondo grana y oro del palco, o para dirigir desde las butacas a un lado y otro de la sala la batería de sus gemelos, el Real, con su lujo deslumbrador y sus localidades llenas por la sociedad más brillante de la corte, sea bueno o malo el cuadro de cantantes y las óperas que se representen, siempre ofrecerá un poderoso atractivo. Pero los constantes y verdaderos apasionados de la buena

música, de esa música clásica, vedada a los oídos profanos que necesitan un largo y enojoso noviciado filarmónico para comprenderla, abandonan el regio coliseo para darse cita en el salón del Conservatorio, donde las sublimes creaciones de Mozart, de Haidyn, de Madelson y de Handel les hacen olvidar, con sus melodías bellísimas, sus sabias combinaciones y sus inspirados giros, el estado de teatro de la ópera.

Como era de esperar, a medida que transcurren días el drama político que se representa a los ojos del país, pierde parte del interés que inspiraba y comienza a aburrir a los espectadores.

Lo mismo en la escena del mundo que en la del teatro, es preciso que los desenlaces sean muy breves para mantener viva la atención hasta la última palabra.

Esta especie de paréntesis que la monotonía de los sucesos ha venido a abrir en medio de la pública ansiedad, se ha llenado, sin embargo, con variaciones sobre un tema interesante. Aludimos a la ya famosa sesión de las Cámaras portuguesas.

La energía con que los jefes más importantes de todos los partidos políticos han protestado contra la idea de unión ibérica, ha causado en muchos una honda impresión de asombro. Por nuestra parte, no nos ha cogido de susto esa ruidosa y un tanto finchada explosión de sentimientos de independencia. La cuestión es muy sencilla. Por muchas ilusiones que se hagan acerca de su país, a ningún hombre político del vecino reino se le oculta, que en cualquiera forma que anexasen España a Portugal, los anexionados serían ellos.

De todos modos, las últimas y explícitas declaraciones de la Cámara portuguesa y las desusadas medidas de precaución que aseguran va a tomar aquel gobierno con los militares españoles que se refugian en su país, serían aún objeto de extensos comentarios, si la triste e inesperada noticia de sucesos que nos atañen más de cerca no hubieran venido a fijar la atención pública en otro asunto.

La noticia del apresamiento de la goleta Covadonga, llevado a cabo en las aguas de Coquimbo por una fragata chilena, ha sido, pues, el tema de todas las conversaciones durante los primeros días de la semana.

Acerca de los pormenores del combate que dio por resultado el apresamiento de la Covadonga, han circulado versiones muy distintas; y nada tiene esto de extraño, toda vez que, según la declaración del gobierno en las Cortes, la noticia se ha recibido por conducto extraoficial. Lo verdaderamente triste es, que mientras el suceso no se conoce con todos sus detalles, los periódicos extranjeros, hostiles a nuestros intereses y a nuestra política en aquellos países, sacan partido de esta cuestión para rebajarnos a los ojos del mundo.

La Presse, por ejemplo, dice que la fragata chilena Esmeralda hizo

hasta quince disparos, que todos alcanzaron a la Covadonga, mientras ésta le contestó con nueve, de los cuales ni uno solo tocó al buque enemigo, arriando por fin la bandera española y entregándose a discreción después de un combate que duraría veinte minutos lo más. Esta relación es tan apasionada como inverosímil. La Presse se sabe que es uno de tantos periódicos como hay en el extranjero, que parodiando a nuestro Lope de Vega:

Pues se lo paga Chile, creen que es
justo
trocar las cosas para darle gusto.

Pero no necesitábamos nosotros saberlo para resistirnos a creer ciertos detalles, que, habiendo ocurrido tal y como el periódico francés los refiere, dejarían en mal lugar a nuestra marina.

No valen ciertamente los chilenos el recuerdo, por ser demasiado grande para tan pequeña ocasión, mas en caso de duda, nos hubiera bastado traer a la memoria los nombres de Lepanto y Trafalgar, para adquirir el convencimiento de que los mismos que tan gloriosamente han sabido vencer y sucumbir en otras ocasiones, no desmentirían en ésta la tradición de la marina española.

En efecto, según la relación que se cree más conforme con las noticias del gobierno, La Esmeralda, de veintiséis cañones, merced a una indigna estratagema, y arbolando la bandera inglesa, logró sorprender nuestro buque, disparándole de improviso una andanada que dejó fuera de combate a varios hombres de la tripulación, desmontando al mismo tiempo el principal de los dos cañones con que podía defenderse. La Covadonga, no obstante, hizo un disparo que derribó la chimenea de la Esmeralda, pero viendo la imposibilidad de sostener una lucha con tan desiguales fuerzas, trató de quitar los tornillos para irse a fondo, lo que indudablemente hubiera hecho a haberles dado lugar a ello los enemigos, que se precipitaron al abordaje sobre la goleta. Este ha sido el triunfo que han obtenido los chilenos: decimos mal, los chilenos no; pues según todas las noticias, confirmadas por los mismos periódicos partidarios de aquel país, la Esmeralda, que sólo izando una bandera que no es la suya pudo engañar a nuestros marinos, como los engañaría el pirata más vulgar, iba mandada por un capitán inglés, haciendo las veces de segundo un norte americano.

De la impresión que este contratiempo produjo en el ánimo del general Pareja, jefe de nuestra escuadra, se ha hablado también en muy diversos sentidos.

A última hora se ha confirmado la noticia de su desgraciada muerte. Esta catástrofe, que priva a nuestra marina de uno de sus jefes más entendidos y pundonorosos, se refiere así: El general Pareja, intranquilo ya por la tardanza de la Covadonga, que debía traerle unos pliegos, tuvo conocimiento, merced al cónsul de los Estados Unidos, de los rumores que circulaban acerca de su encuentro con la Esmeralda. La noticia no era aún oficial, pero al día siguiente la confirmó el mismo cónsul con datos que no dejaban lugar a dudas. El general Pareja no mostró afectarse mucho, antes por el contrario, paseando sobre cubierta con la misma persona que había confirmado el hecho y con algunos otros jefes de la escuadra, dio a entender que era un contratiempo fácil de remediar; ni su aspecto, ni sus

palabras, revelaron cual era el verdadero estado de su espíritu, ni dieron lugar a que se sospechase que había concebido tan fatal resolución. No obstante esta tranquilidad engañosa, apenas se vio solo bajó al camarote, y disparándose un revólver puso fin a su vida. Cuando los oficiales del buque, alarmados por la detonación, penetraron en el camarote de su jefe, sólo encontraron un cuerpo inerte y sangriento, y un papel en que había escrito estas líneas:

«Suplico que no se arroje mi cadáver en las aguas de Chile.»

La última voluntad del desgraciado general Pareja se ha cumplido.

En estos difíciles momentos ha entrado a sustituirle, encargándose del mando de las fuerzas navales, D. Casto Méndez Núñez, inteligente marino en cuya capacidad y resuelto ánimo se fundan grandes esperanzas, y el cual, sin andar en contemplaciones, habrá tomado ya revancha, arrasando la costa de ese país, que ha interpretado como miedo lo que ha sido, por parte nuestra, un exceso de consideración, y obligando a la Esmeralda, que tan satisfecha se mostrará de su fácil triunfo, a que se esconda de nuestra ira huyendo a otros mares. Nos parece que las potencias mediadoras no abrigarán todavía la ilusión de arreglarlo todo con un par de notas diplomáticas, verdaderos papeles mojados cuando las cosas se colocan en el terreno en que se ha colocado ya la cuestión. Y si la abrigasen, tanto peor para ellas, que tan frecuentemente nos dan el ejemplo de cómo se zanján estos asuntos.

Mientras esto sucede en el Nuevo Mundo, en el viejo, Napoleón se ocupa casi exclusivamente de la apertura de la Cámara popular. Este acontecimiento, siempre importante, contribuyen a hacerlo más todavía en las circunstancias actuales la actitud de los partidos y la gravedad de las cuestiones que en ella se han de resolver.

La comedia francesa se dispone a inaugurar en su próxima representación de aniversario las estatuas de Mlle. Mars y la Rachel, honrando así con un solemne y entusiasta homenaje, el recuerdo de las dos célebres actrices que tantos días de gloria han dado a la escena de su patria.

Las comisiones encargadas de dar el mayor realce posible a la Exposición que ha de llevarse a efecto en 1867, madura el proyecto de un teatro internacional donde puedan representarse en su propio idioma las inmortales creaciones de Calderón y de Shakespeare, de Corneille y de Schiller.

La Academia de Ciencias, en fin, que ha recibido como donativo particular la suma de 80.000 francos, ofrece un premio destinado a recompensar el descubrimiento más útil a la clase obrera.

Y esta misma actividad científica, industrial y literaria, que contrabalancea en el vecino imperio el influjo de la política, se deja sentir en Inglaterra de una manera más clara y evidente.

Aún se discuten las importantes cuestiones abordadas en el mitin religioso, donde tomaron la palabra, en unión de algunos individuos del clero ruso, los obispos y doctores más eminentes del protestantismo, para tratar de la unión de las iglesias anglicana y oriental, cuando ya llega hasta nosotros la noticia de una nueva y numerosa reunión de los sacerdotes católicos celebrada en casa de monseñor Manning, arzobispo de Westminster. Todavía se ocupan los periódicos del atrevido proyecto para

establecer entre Douvres y Calais una comunicación regular por medio de buques de las dimensiones del Great-Eastern, sobre los cuales puedan trasladarse enteros los trenes de los ferrocarriles, cuando ya recibimos detalles acerca de las curiosidades literarias y arqueológicas remitidas a la sociedad asiática de Londres.

El casual descubrimiento a que se deben estos verdaderos tesoros que han de contribuir a derramar la luz sobre la historia y la literatura hebreas, ha tenido lugar en unas excavaciones practicadas en Nadir-Sarape, cerca de Trípoli. En un terreno rodeado de vastos jardines se ha encontrado una casa cuya fecha se remonta a dos o tres siglos antes de nuestra era, y cuyas habitaciones, en perfecto estado de conservación, guardaban aún intactos muebles, utensilios de varias clases y una verdadera biblioteca en que se ven libros de Moisés, salmos de David y una colección de poesías hebraicas desconocidas hasta hoy.

Este hallazgo y el anuncio de una nueva obra del célebre autor de Nuestra Señora de París, tienen en conmoción dos círculos diferentes: el de los eruditos y el de los soñadores; el de los que rinden culto al libro que acaba de ser desenterrado, y el de los que esperan impacientes el próximo a darse por vez primera a la luz de la publicidad. Les travailleurs de la mer, se aguarden, en efecto, con tanto o más afán que las anteriores creaciones de Víctor Hugo, porque sólo el título de la obra hace presentir que el desterrado de Jersey ha de haber encontrado la inspiración a que lo debe, en la misma orilla de esa inmensidad sin límites ni fondo, cuyas bellezas y cuyos horrores, cuyos dramas y cuyos misterios va a revelarnos su pluma.

Fecunda se ha mostrado, pues, la semana en sucesos y noticias del exterior, si bien los menos halagüeños nos han cabido en parte. Consuélanos, sin embargo, ver que disipados en el interior los temores de próximos y profundos trastornos, comienza a restablecerse la tranquilidad, y con ella a dar señales de vida los diferentes círculos de la sociedad madrileña.

La Comisaría de los Santos Lugares trata de abrir un concurso para la adquisición de dos cuadros con destino a Jerusalén el uno y el otro a un templo católico de Marruecos, y la Junta directiva de la Academia Médico-Quirúrgica Matritense, anuncia desde luego el certamen para los premios de 1866, proponiendo, como primer tema, la biografía y el estudio crítico-filosófico de las obras de uno de nuestros hombres más eminentes, Francisco Valle de Covarrubias, a quien llamaron en su época El Divino.

A estos aislados pero generosos esfuerzos, encaminados a despertar la emulación y el entusiasmo entre los que cultivan las artes y los que se consagran a la ciencia, se une la gradual animación de los habitantes de Madrid, que, volviendo poco a poco a las tareas o los placeres de la vida ordinaria, al par que pueblan los salones y las calles, los teatros y los paseos, devuelven a la cortesana villa el regocijo y la exuberancia de luz, de color y movimiento propios de la estación presente, cuando lucen días de sol tan magníficos como los que nos han estado dando, acordes por casualidad, el cielo y el almanaque.

Después de firmados los preliminares para el convenio entre Austria y Prusia, aguardábase con gran interés la apertura de las Cámaras en Berlín. La situación especialísima en que se encuentra Mr. Bismarck respecto al partido liberal prusiano, dejaba presumir que el discurso del rey vendría a proponer la fórmula de una transacción entre las oposiciones y su ministro responsable. Por otra parte, como todo el tiempo que ha mediado desde la victoria de Sudowa, que definitivamente zanjó la cuestión alemana a favor del rey Guillermo, hasta el día, no han cesado los forjadores de hipótesis y cálculos políticos de suponer al Gabinete de Berlín animado de las más absurdas esperanzas y lleno de deseos exageradamente ambiciosos esperábase asimismo que el mensaje de la Corona a las Cámaras había de desenvolver la idea de una política invasora y dominante, en cuyo fondo se dejase adivinar el proyecto de unificar la Alemania, bajo la égida de Prusia.

Las Cámaras de Berlín se han abierto al cabo, y el rey Guillermo ha pronunciado el discurso, que por despachos telegráficos se comunicó en resumen a toda Europa, y del cual ya tenemos el texto íntegro. En la cuestión de la guerra actual los curiosos van de sorpresa en sorpresa. Mr. Bismarck, manteniéndose en un límite respetuoso ante la representación del país, ruega, por medio del rey, se legalicen sus actos pasados, excusándolos con la necesidad de disponer los medios conducentes a un resultado tan satisfactorio para la causa nacional como el que ha obtenido. Un bill de indemnidad que presentarán los más adictos al Gobierno, y que indudablemente votarán por aclamación los diputados prusianos, pondrá término a la enojosa lucha que hace tiempo sostenían entre sí los representantes del pueblo y el Gabinete.

Respecto a planes futuros que se relacionan con la política exterior, el discurso del rey es muy sobrio de palabras, y si en realidad puede sospecharse otra cosa, al menos en la apariencia es franco y explícito. Prusia, satisfecha con la posición en que se ha colocado, merced a sus recientes victorias, se limitará a solidificar su obra estrechando los lazos que han de unirla a los Estados de la Confederación del Norte. Una política prudente y pacífica, podrá permitirle atender al cuidado de la Hacienda y de sus intereses materiales, profundamente lastimados a consecuencia de la guerra que acaba de sostener.

En Austria la cuestión cambia completamente de aspecto. Mientras el partido liberal prusiano transige con Bismarck, y acepta, quizá gustoso, una limitación de sus pretensiones a cambio de gloria, en Viena comienza a temerse que la efervescencia producida en algunos pueblos a la noticia de la paz se transforme en principio de una revolución que concluya por desgarrar en jirones el imperio.

Ante una situación vencida, todos los partidos son exigentes. Húngaros y polacos piden, a trueque de la humillación sufrida por la colectividad de que forman parte, nuevas y nuevas concesiones en el sentido de la independencia a que aspiran.

Todo lo que en Prusia son preludios de unidad y concordia, se ha convertido en Austria en síntomas de futuros conflictos y de inevitables pugnas de intereses.

El golpe está dado. Si Austria permanece abandonada a sí misma en medio de las grandes potencias que la cercan y que asisten con el arma al brazo a su agonía, su muerte y su descomposición serán seguras.

Los partidarios a toda costa del equilibrio europeo, suprema lex en el arreglo de las cuestiones internacionales en la época presente, esperan aún que la caída del imperio austríaco no ha de llegar a consumarse, toda vez que cayendo se rompería la maravillosa máquina que tanto empeño hay en sostener. Francia, dicen, que acaso está arrepentida de su obra, y que en un porvenir no lejano sería posible que coaligada con Francisco José, tornase las cosas a su primitivo estado. La presunción de los que así piensan no está del todo fuera de los límites de la verosimilitud, pero lo cierto es que el juego nos parece peligroso para repetido muchas veces. Francia protesta una vez y otra de su desinterés al mezclarse como mediadora en la lucha, y por nuestra parte creemos que en esta ocasión lo será a la manera de la zorra de la fábula en presencia de las uvas, que calificaba de verdes. Si, como esperaba, con algún fundamento, hubiera sido necesaria su intervención material, las cosas pasarían de otro modo, pero el cálculo salió fallido y tendrá que aguardar otra ocasión para volver a su eterno tema de las fronteras naturales.

Algunos publicistas franceses, haciéndose cargo de este asunto, parece como que desentrañan el fondo de la política imperial, y advirtiendo a Prusia de ese peligro no lejano, tratan de inclinar su ánimo a una compensación que le aseguraría el porvenir por esta parte. Esta es una idea de un autor aislado, de un caballero particular, como diríamos nosotros; pero ¿a quién se oculta que en Francia no se escribe más que lo que al emperador importa que germine y cunda?

Tal es, al mediar la semana, el aspecto que presenta esta enredada cuestión que se desembrolla lentamente y que nadie sabe si aun después de ajustada la paz, podrá entenderse. Dejándola por ahora a un lado hasta que nuevos acontecimientos aporten más luz a sus obscuras sinuosidades, vamos a compendiar en algunos renglones las noticias que por varios conductos se han recibido de América.

En Chile, la elección del nuevo presidente ha dado lugar a escenas de desorden que patentizan hasta qué punto se encuentran divididas las parcialidades que ni en circunstancia como las que atraviesan saben acallar sus pasiones. Después de una encarnizada lucha de intereses, en la que más de una vez ha intervenido la fuerza para dar valor a los argumentos, el partido que desea la guerra con España, que si no es el más numeroso e ilustrado, es el más alborotador e intransigente, ha vuelto a sacar triunfante de las urnas el nombre del presidente Pérez. La llegada de los buques Huascar e Independencia ha contribuido mucho a este éxito, pues con este refuerzo se hacen la ilusión de que podrán resistirnos con ventaja. En el Perú no andan las cosas mucho mejor para los intereses comerciales del país.

El tiempo que les ha dejado libres nuestra escuadra, en vez de emplearlo en reponerse y prepararse de una manera conveniente a resistir el formidable ataque de nuestras fuerzas, que no tardarán en presentarse de nuevo ante sus costas, lo pierden en luchas intestinas y en recriminaciones estériles. Poco a poco la verdad se va abriendo camino, y a pesar de las fiestas y los banquetes con que se celebró, lo que ellos

llaman defensa del Callao, a muy pocos se oculta que la acción fue un verdadero revés para los peruanos. El dictador Prado, conociendo que se le escapa de entre las manos el Poder en que a tanta costa se sostiene, se ha echado por completo en brazos del partido exaltado, hiriendo el sentimiento religioso de los pueblos con sus pretendidas reformas.

En tanto que nuestros enemigos luchan y se desgarran entre sí, la escuadra española, surta en las aguas de Río Janeiro, se dispone a entrar de nuevo en campaña llena del mayor entusiasmo, y en la Península se preparan refuerzos considerables para poner término, de una vez para siempre, a la cuestión.

Descartadas las novedades políticas de que se ha tenido noticia durante la semana, y de las cuales dejamos apuntadas, aunque en resumen, las más dignas de fijar la atención, poco o nada podríamos decir que despertase el interés de nuestros lectores.

La emigración a los puertos de mar de las provincias del Norte y al extranjero, continúa en grande escala. El exceso de calor de que hemos sido víctimas los que por acá hemos quedado, justifica sobradamente este afán de abandonar la corte, que algunos califican de ridiculez o capricho, hijo de la moda, y que nosotros encontramos que si es una necesidad, es una necesidad muy agradable.

En balde los conciertos de Apolo intentan ofrecer una compensación a las fatigas y malos ratos de los que permanecemos firmes en la brecha desafiando los abrasadores rayos de la enojosa deidad que presta nombre al jardín, punto de cita de los filarmónicos madrileños. Barbieri es un gran maestro; su batuta, como la vara mágica de un encantador, parece que tiene encadenadas a su movimiento la voluntad de los ochenta profesores que le secundan. No seremos nosotros los que escaseemos nuestros aplausos al inteligente maestro español; pero (perdónenos la blasfemia musical, así el simpático director de orquesta como los augustos manes de los grandes músicos clásicos, cuyas obras nos da a conocer tan divinamente interpretadas), sea que el calor nos embota los sentidos, sea que el ansia de una tierra de promisión distante nos obliga a tener fijos los ojos fuera de este abrasador recinto, en estas circunstancias y a la altura en que se encuentra el termómetro, preferiríamos la indefinible música de la ola que se tiende perezosa en la playa o se rompe en las peñas llenando el ambiente de menudo rocío, preferiríamos la música de la brisa cantábrica que viene en la tarde a orear el sudor de la frente o a agitar con su fresco soplo el extremo de las flotantes cintas del lazo que prende el cabello de las hermosas, a las combinaciones armónicas más profundas, a las melodías más bellas de todos los genios del mundo.

Estamos en la última escena del drama poético guerrero que la Alemania representa a los ojos del mundo. Aceptado el armisticio y ajustada la paz por las partes beligerantes, sólo falta que Mr. Bismarck y el emperador Napoleón, autores a medias de la obra, salgan al proscenio y terminen la función con el consabido estribillo: perdonad sus muchas

faltas.

El armisticio, según las noticias recibidas, durará tres semanas. Conocidos ya los preliminares de la paz, si los diplomáticos se resignan a no lucirse enredando de nuevo el negocio, hay tiempo más que suficiente para que quede concluido antes que expire el término fijado a la suspensión de hostilidades. Después de haber dudado mucho acerca del punto que había de escogerse para celebrar las conferencias y ajustar el tratado de paz entre los representantes de Austria, Prusia e Italia, se ha decidido, por fin, que éstas tengan lugar en una ciudad de Suiza, el país neutral por excelencia, y que por su posición topográfica hace fáciles las comunicaciones de los diplomáticos con sus respectivos Gobiernos. Las bases del arreglo, a lo que parece, son las mismas de que ya hemos hablado a nuestros suscriptores en la revista anterior. El negocio, pues, ha sido para Prusia, pues aunque Italia se encuentra, como suele decirse, gratis et amore con el Véneto, más falta le hacía una victoria que una provincia.

Austria, cejando al primer revés y aceptando la humillación de verse excluida de la Confederación alemana, cuyo dominio era el sueño dorado del Gabinete de Viena, sigue, sin duda alguna, la política tradicional de sus hombres de Estado que es, al mismo tiempo, la táctica de sus generales. Prefiere devorar la humillación de su derrota en silencio, aprestándose a la venganza, cuya idea la anima y sostiene, a exponerlo todo al trance de una lucha y caer envuelta para siempre en [...] (5) Esta es cuestión de política y de temperamento. Acaso en un lejano porvenir y preparando, hábilmente el terreno, podrá el Austria rehacerse del golpe de que acaba de ser víctima; pero por lo pronto, Prusia, a la que el sol de Sadowa encontró formando parte de la Confederación para dejarla al ponerse dueña de los destinos de la raza germánica a cuya cabeza marchará por algún tiempo, no es fácil que se deje ganar la partida, teniendo a su frente un hombre tan enérgico y perseverante como el conde de Bismarck.

En resumen, el armisticio está convenido; la paz será un hecho dentro de algunos días; mas la dificultad se ha rodeado, no se ha resuelto. El problema queda en pie, aunque las circunstancias aplacen su reaparición.

¿En qué actitud debe esperar la Europa los resultados del nuevo orden de cosas que se inauguran? ¿Qué temores o qué esperanzas deberían abrigar, respectivamente, las naciones que han asistido al duelo de esas grandes potencias y que de un modo o de otro han de sentir el influjo del nuevo rumbo de las cuestiones encaminadas de hoy más por diferente sendero? ¿Se ha encontrado, al fin, la fórmula del suspirado equilibrio? Y si se ha encontrado, ¿cuáles deben ser sus consecuencias? He aquí el tema de discusión de las diferentes publicaciones que ven la luz en Europa y el fondo de la brillante polémica que sostienen en la capital del vecino imperio, dos de los más afamados adalides de la Prensa periódica, Girardin y la Gueroniere. Girardin juzga impotente la fuerza para hacer que acabe la crisis europea, que espera habrá de concluir resolviéndose por el criterio de la libertad y el crédito. La Gueroniere presiente que las naciones entran en un nuevo y desconocido período de dificultades y de aspiraciones encontradas y opina que la preponderancia moral de los países debe sostenerse con la ayuda de la material.

Consecuentes con sus ideas, el primero fija toda su atención en el porvenir económico de Europa, invoca la paz y pide el desarme general de

las grandes potencias, mientras el segundo da la voz de alarma para prevenir contra la engañosa apariencia de estabilidad del arreglo, y aunque a su vez desea la paz, teme la guerra y se decide por que todos se encuentren prevenidos a los acontecimientos de un futuro lleno de sombras impenetrables.

En el intervalo que media entre la aceptación de los preliminares para las conferencias y el definitivo ajuste de la paz que ha de concluir, por ahora, la primera parte de la gran tragedia europea, la atención pública, sintiendo que se calma poco a poco la fiebre de noticias políticas que le aquejaba, comienza a fijarse en otros asuntos que, aunque de gran interés, parece como que se relegan y olvidan en los períodos de lucha y agitaciones.

Ya hace tiempo que los periódicos extranjeros hablaron de los preparativos hechos sobre bases más sólidas y partiendo de datos más seguros para acometer la colosal y tantas veces frustrada empresa de poner en comunicación el continente americano con el europeo por medio de un cable submarino. El Great Eastern, encargado de tan difícil misión, después de partir de uno de los puertos de Irlanda llevando un personal entusiasta e inteligente, ha tocado por último en Trinity-Bay, alcanzando un éxito tan completo que algunas horas después pudo circular por toda Inglaterra el siguiente despacho, que es un verdadero himno de triunfo de la ciencia: «El mar está vencido; sumergido el cable, se han puesto ambos mundos en comunicación telegráfica.» El problema de la telegrafía submarina se ha resuelto al fin. Creemos inútil encarecer la importancia de esta brillante victoria de la fe y la inteligencia sobre el desaliento y la preocupación de los que después de experimentar varios reveses en las anteriores tentativas juzgaban la empresa absurda e imposible. Terminada la gran vía de transmisión, merced al esfuerzo de Inglaterra, ésta cogerá, naturalmente, las primicias de sus grandes resultados; pero nuestro país no será el que menos ventajas reporte.

La colocación de un cable entre nuestras posesiones de Cuba y el puerto de Terranova, de donde parte la línea trasatlántica, será asunto de pocos meses, al cabo de los cuales podrán tener en la Península noticias diarias de aquel lejano país, facilitándose hasta lo sumo, así las transacciones comerciales como el gobierno político de la isla.

Al mismo tiempo que del lisonjero éxito de esta gigantesca obra se habla de un notable perfeccionamiento introducido en el trazado, construcción y material de los ferrocarriles, del cual se ha hecho más de un ensayo, también con un resultado brillante. El enorme costo de la construcción de las vías férreas, sobre todo en determinados puntos, costo a que no es posible que pueda subvenir el creciente desarrollo del movimiento comercial por más que éste se desenvuelva con bastante rapidez, ayudado por este medio de fácil y económica locomoción, ha traído a las empresas al decadente estado en que se hallan. Sin el auxilio del Estado, así en nuestro país como en casi todas las demás naciones, el capital de los particulares sería insuficiente a arrostrar la crisis que produce el enorme desnivel que resulta entre el costo y el producto. Merced al nuevo sistema ensayado, con el cual serán posibles curvas y desniveles hasta ahora impracticables, la construcción de un kilómetro en el terreno más accidentado equivaldrá a una tercera parte de lo que en la actualidad se

le presupone de gasto, de modo que ofreciendo ventajas el empleo de capitales en el negocio de ferrocarriles, contribuirá en breve a que el interés particular sin auxilio de los Gobiernos, lleve su poderosa iniciativa a un ramo de la industria que amenazaba decaer progresivamente.

Después de haber pasado semanas y semanas sin tener que registrar en nuestra periódica revista más que sucesos aflictivos y desagradables, causa verdadero placer hallar que apenas comienzan a disiparse los temores que hizo concebir la perspectiva de una guerra europea, vuelve a manifestarse el espíritu emprendedor y activo del siglo, abriendo anchos horizontes al comercio y a la industria, hoy en un estado de postración lamentable aun en los países más florecientes y ricos.

Según indicamos en nuestra anterior revista, al concluir la semana última gozaba entero crédito la noticia de haberse acordado un armisticio de cinco días entre Austria y Prusia, armisticio a que también debió dar su asentimiento Italia. La noticia no se confirmó plenamente, pero siguen en pie las negociaciones.

La lentitud con que de entonces acá opera el ejército prusiano que, siguiendo con resolución su camino, después de la batalla de Sadowa podría encontrarse ya a la vista de Viena y haber librado el postrer y decisivo encuentro, deja presumir que en la esperanza de un arreglo las dos naciones rivales economizan sus fuerzas. De esta presunción, que contribuyen a hacer verosímil las correspondencias que del teatro de la guerra se reciben, ha nacido, sin duda, la especie de que Austria se conforma a suscribir las bases preliminares propuestas por el Gabinete de Berlín, según las cuales, la Confederación Germánica se reorganizaría de nuevo bajo la dirección de Prusia, excluyendo el elemento austríaco. Si el emperador Francisco José suscribe un arreglo con estas condiciones, la paz es cosa segura y en breve los que tienen fe completa en el acierto y la perseverancia de Napoleón verán sus cálculos coronados del éxito más brillante. Una conferencia diplomática facilitará el camino a la celebración del famoso Congreso de soberanos, que modificando los límites de las naciones y abriendo una nueva y profunda brecha a los tratados de 1815, buscará por otros medios más en armonía con los intereses napoleónicos ese soñado equilibrio europeo, ideal de los hombres de Estado del siglo XIX, y hasta que la cuestión de Oriente vuelva a reaparecer, como reaparecerá antes de poco, el viejo mundo podrá gozar una época más tranquila que la que en la actualidad atraviesa.

No obstante la aparente naturalidad con que habrían de encadenarse estos sucesos, y a pesar de que todas las cosas parecen disponerse de un modo favorable a la paz, algunos periódicos extranjeros comienzan a sospechar lo que antes de ahora habíamos indicado nosotros. Austria acepta en los primeros momentos cuanto se le propone; desempeña con verdadera mansedumbre su papel de víctima; autoriza con su vago asentimiento los pasos que en sentido conciliador da el Gabinete de las Tullerías; pero al ir a cerrar las negociaciones, siempre encuentra una pequeña dificultad

que las hace imposible y necesario comenzar de nuevo. ¿Será su conducta hija de un plan diplomático y estratégico que la proporcione reorganizar sus fuerzas y abandonar el papel que representa cuando sus medios se lo permitan? Las publicaciones a que nos hemos referido, las mismas que hasta ahora condenaban la actitud intransigente de Prusia y la poco razonable conducta de Italia al traspasar de nuevo el Mincio después de la cesión del Véneto, empiezan a sospecharlo así y acusan al Gobierno de Francisco José de la falta de franqueza en sus relaciones con Francia. En este estado la cuestión, el telégrafo nos ha sorprendido con la noticia de una gran batalla naval que ha tenido lugar cerca de Lissa, punto designado hace algún tiempo por las correspondencias como el más a propósito para el desembarco proyectado por el rey Víctor Manuel y su Estado Mayor de generales, en el último plan de campaña.

Hasta hoy se había estado en la inteligencia, fundada por otra parte, de que la escuadra italiana era muy superior a la austríaca, que por dos o tres veces ha rehuido un encuentro. El resultado del combate de Lissa viene a quitar una nueva ilusión en este punto a los ardientes partidarios de Italia. Se ha hecho evidente que, cuando menos, ambas escuadras son iguales en condiciones de bravura e inteligencia; y en esta ocasión la austriaca ha llevado sobre sus enemigos la ventaja de una fortuna decidida, que, contraria en unos lances y favorable en otros, viene dando hace algún tiempo, a los austríacos, pruebas de sus proverbiales caprichos.

En el momento en que escribimos estas líneas, aún no se tiene una relación completamente verídica de este hecho de armas. Los partes recibidos pintan su resultado de muy diverso modo, según que procedan de Florencia o de Viena. Sin embargo, de lo que hasta ahora se conoce, y deduciendo y restando de cada versión lo que el espíritu de partido o de nacionalidad haya podido añadir, se viene en conocimiento de que el choque ha sido desfavorable a los italianos. Después de un encarnizado combate sostenido con verdadero valor por ambos contendientes, la magnífica fragata acorazada *Re d'Italia* y la cañonera *Palestro* fueron echadas a pique por sus contrarios, los cuales, al terminar la lucha sólo habían sufrido averías que, aunque de alguna consideración, no les impidió seguir su rumbo.

El nuevo revés sufrido por Víctor Manuel en el mar, aunque compensado con algunas pequeñas ventajas obtenidas por el cuerpo de ejército que ocupa el Tirol, antes que a otra cosa, ha contribuido a exasperar al partido de acción hiriendo la fibra del amor propio nacional e imposibilitando más y más un arreglo mientras las armas italianas no logren un brillante desquite de sus derrotas.

Hay, sin embargo, un dato favorable en el sentido de la paz, y es la actitud en que se han colocado Inglaterra y Rusia. Estas dos naciones, que en un principio se mantenían en la reserva más profunda, han salido de su sospechoso silencio para adherirse a los planes del emperador Napoleón, al cual han felicitado animándole a proseguir en sus negociaciones conciliadoras.

Como es natural, en el estado en que se encuentra la cuestión, circulan varias versiones acerca de las bases del futuro arreglo. La más verosímil, caso que éste llegue a ser un hecho, es la siguiente: Queda destruida la obra del Congreso de Viena en lo que respecta a Alemania,

rompiéndose el lazo de la antigua Confederación. La región del Norte se constituirá de nuevo bajo los auspicios de la Prusia, la cual se anexionará los ducados de Elba, excepto la porción del Schleswig, que pertenece a Dinamarca. Parte del reino de Hannover, del ducado de Hesse-Darnistad, toda la Hesse-Electoral y la antigua e importante ciudad de Leipzig, pasarán igualmente al dominio de Prusia, que representará, uniéndose a ellos por medio de un nuevo lazo federativo, a los desmembrados reinos de Hannover y Sajonia.

Los Estados de Alemania meridional que se encuentran divididos de los del Norte por la línea del Mein, se constituirán en una forma independiente, bajo la decisión militar y diplomática de la Baviera, que por este arreglo se eleva a un rango muy superior al que hasta aquí había ocupado en Europa.

El imperio de Austria, excluido de la Confederación, conservará íntegras sus posesiones, si se exceptúa el Véneto. Italia, al recibir el Véneto, pagará una indemnización de guerra a Francisco José, el que a su vez la entregará a Prusia.

Tal es, en ligeros rasgos, la fisonomía política de la semana que acaba de transcurrir, y durante la cual el calor, extremándose, ha contribuido a hacer más aburrido y monótona la estancia en la heroica villa del oso a los condenados a sufrir en ella los rigores del estío. Para nosotros los días se suceden, y, al contrario de lo que asegura la máxima, todos se parecen.

El circo del Príncipe Alfonso y los jardines de Price, únicos que sostienen la bandera de los espectáculos públicos durante esta enojosa temporada, suelen ofrecer, no obstante, alguna distracción a sus favorecedores; pero durante la semana última, todo parece haberse conjurado en su contra. Dos jóvenes gimnastas que causaban las delicias de muchos que se estremecen al presenciar el bárbaro espectáculo de las corridas de toros, se han caído desde lo más alto del techo del circo, probando a los sistemáticos detractores de nuestra fiesta nacional que en los demás países, donde tan en boga se encuentran esos peligrosos ejercicios, no están más adelantados que nosotros en punto a diversiones públicas. En el jardín de Price los aficionados a la música sólo han encontrado una decepción en el concierto a beneficio de las viudas y huérfanos de los marinos muertos en el glorioso ataque del Callao. El ruido de la pólvora ahogaba en su sentir las notas de la armonía tanto como el humo a los circunstantes. Los entusiastas de la pirotecnia, en cambio, creen que la música estaba de más, porque ensordecía y quitaba la gracia al especial chasquido de las ruedas giratorias y al trueno de los cohetes. A unos y otros puede consolarles la idea de que con oír un poco de bulla y respirar un poco de azufre, han contribuido al logro de una buena acción, mérito que no siempre puede contraerse a tan poca costa.

Está en un punto tan difícil la cuestión europea que se debate entre Austria, Italia y Prusia, que cada vez se hace más complicada e insoluble.

Como se había previsto, los italianos esperan el asentimiento de sus aliados para aceptar el armisticio, y Prusia, por su parte, impone tales condiciones al Gabinete de Viena, que Francisco José, antes que perderlo todo en un Congreso, optará por tentar de nuevo su fortuna arriesgando la suerte del país al trance de una batalla.

En vano el emperador Napoleón, empuñando el tridente, ha herido las olas del revuelto mar de la política y ha pronunciado el formidable *Quos ego*, de Neptuno; su voz se pierde entre el estruendo de la lucha y los ejércitos del rey Guillermo y de Víctor Manuel siguen, impávidos, su camino, como si se hubieran dado cita en Viena. La conducta de Italia, cuya indocilidad parece que ha disgustado mucho a su imperial protector, llegó a creerse por algunos días causa bastante para que se rompieran las relaciones entre los Gabinetes de Florencia y París. No falta quien insiste en la inminencia de un choque entre las dos naciones, hasta aquí unidas por los más estrechos lazos políticos; pero por nuestra parte creemos que las circunstancias en que se encuentra Europa, no permiten al emperador Napoleón cambiar tan bruscamente el plan que madura hace tiempo, y cuya base es la alianza italiana.

En esta situación las cosas, el ejército austriaco aprovecha los momentos para reorganizarse y trata de modificar radicalmente los proyectos estratégicos del general Benedeck, colocando al archiduque Alberto al frente de los negocios de la guerra. El archiduque, previendo el desastre de Sudowa, si los dos grandes cuerpos prusianos llegaban a reunirse en Koeniggraetz, ha dado muestras de una sagacidad y un conocimiento profundos del arte que ejercita. Según sus disposiciones, la corte imperial debería abandonar a Viena para evitarle a esta magnífica población los rigores de un sitio, y concentrando todos los elementos de resistencia en la línea del Danubio, donde tienen el campo atrincherado de Olmutz como base de operaciones, podrían mantenerse a la defensiva y aun tomar la ofensiva con ventaja si la fortuna abandonase a los prusianos en un nuevo y decisivo combate. Hasta hace muy poco se creyó que prevalecería la opinión del archiduque Alberto; pero a juzgar por los telegramas que posteriormente se han ido recibiendo, es otra la determinación de Austria. La gran batalla que ha de poner término a la lucha o ha de restablecer el equilibrio de los beligerantes, roto en Sudowa a favor de los prusianos, tendrá lugar delante de Viena. El emperador Francisco José, que parecía decidido a tomar el mando de las tropas, esperará allí con las fuerzas reunidas procedentes de Italia y de los restos del ejército del Norte. El encuentro que acaso a estas horas habrá ya tenido lugar, será espantoso. Por un lado los prusianos, llenos de la confianza que les inspiran sus continuadas victorias, avanzan ansiosos de coronar su obra, penetrando en Viena.

Por otra los austríacos, exasperados con los reveses que han sufrido, lastimados en su orgullo nacional, teniendo entre sus filas a Francisco José, que parece dispuesto a sepultarse en las ruinas de su imperio, y encontrándose a la vista de la capital, que quedará entregada a todos los horrores de la guerra si sus hijos no saben contener la ola invasora al pie de sus muros, se disponen a una resistencia heroica y desesperada.

En la expectativa de este sangriento combate, que amenaza ser más grande y horrible que el de Sudowa, todo el interés se concentra en las

operaciones que tienen por teatro la Alemania, debilitándose el que en un principio inspiró la suerte del ejército italiano.

En efecto, por lo que toca a Venecia, la cuestión parece concluida. Sea el que fuere el término de la cuestión entre Austria y Prusia, Francisco José habrá de deshacerse de esas provincias, que más bien debilitan que prestan fuerza a su imperio. Verdad es que en una proclama del jefe militar del Véneto se ha dicho que la cesión no es un hecho consumado, y que al ser rechazada la proposición de armisticio por parte de sus contrarios, el Gabinete de Viena puede recoger una promesa que no hizo incondicionalmente; verdad es también que algunos, tomando esta declaración por base de sus cálculos, esperan que si la suerte favorece al Austria dentro de su territorio, volverá a caer con sus soldados en el cuadrilátero; pero la opinión general, con la cual nos encontramos en un todo conforme, conviene en que Venecia, bien por mano de la Francia, bien a consecuencia del tratado que firmen las partes beligerantes si Francisco José es derrotado delante de Viena, entrará a formar parte del reino de Italia, que al adquirir esta nueva provincia reiterará mal de su grado la renuncia de sus aspiraciones, a Roma.

Las noticias de América recibidas en la semana última, aunque interesantes por serlo para nosotros todo cuanto se roza con esta cuestión, se limitan a confirmar las que ya teníamos acerca de aquellos países.

Aprovechando la retirada temporal de nuestras fuerzas, el partido exaltado de Chile y el Perú trata de levantar el espíritu público, animando al país a proseguir la guerra contra España. A este fin han celebrado un Congreso, en el que han tomado parte representantes de las tres repúblicas aliadas. En el Congreso no han faltado bravatas, promesas pomposas y multitud de disposiciones para activar las defensas de las costas, pero todos los buenos deseos de los agitadores se estrellan en la falta de recursos que cada día es mayor, a consecuencia del mal estado de sus asuntos financieros.

Parte de nuestra escuadra había llegado, en tanto, a Río Janeiro, desde donde después de aprovisionar convenientemente sus buques, volverá a las aguas del Pacífico en unión con los nuevos refuerzos que se disponen. Veremos si para la época en que esto suceda, que parece no ha de tardar mucho, siguen tan animadas las repúblicas de Chile y el Perú o tienen que ceder a la doble presión de nuestras fuerzas y del numeroso partido amigo de la paz, que aunque con menos alharacas, reúne de día en día nuevos prosélitos entre las clases más ilustradas y productoras de aquellos países.

Dejando ahora a un lado las cuestiones políticas, y viniendo a otro terreno, podemos consignar algunas novedades que han hecho menos sensible la monotonía de la corte durante el verano. Barbieri, el infatigable maestro que no se arredra ante ningún obstáculo, ha puesto sus reales en el jardín de Apolo, y contando con las simpatías que tiene entre los verdaderos aficionados a la música, ha inaugurado una serie de conferencias que en nada ceden a los que ofreció el público en el circo del Príncipe Alfonso durante los hermosos días de primavera.

La tradición de los jardines de Apolo, parece que había de oponerse a hacer de estos conciertos un punto de cita de la sociedad elegante; pero

el prestigio del maestro ha vencido toda clase de prevenciones, y las noches pasadas hemos podido ver reunidas allí a las más distinguidas y hermosas damas de la corte.

Si logran vencerse las dificultades que hasta ahora se han opuesto a ello, próximamente abrirán sus puertas los Campos Elíseos. Se habla, para cuando esto ocurra, de un concierto monstruo a beneficio de los heridos en la gloriosa acción del Callao, y de una compañía italiana que, dirigida por el célebre actor Rosi, en la actualidad en Barcelona, vendrá a amenizar las noches en aquellos frescos jardines. Falta hace que de un modo o de otro los Campos Elíseos ofrezcan algunas distracciones a los que, después de seguir con ojos de envidia el itinerario de los emigrantes, no encuentran más recurso que dar vueltas al Prado, sujetos a los bruscos cambios de la temperatura de Madrid, que oscila durante el verano entre la pulmonía y la insolación.

Por fortuna, si el refrán que enseña que los días de mucho son vísperas de nada, puede aplicarse invirtiendo el orden de los términos, en el próximo otoño se encontrará ocasión de desquitarnos con usura de la presente falta de novedades. Para esta época se guarda la Exposición de Bellas Artes, que ya anda, por no perder la costumbre, buscando albergue de hallarle a no ser a costa del fondo destinado a premios, que es como si dijéramos a expensas del bolsillo de los expositores. Para esta época disponen los literatos sus nuevas obras, los empresarios de espectáculos públicos sus grandes combinaciones, los artistas de todo género el fruto de sus trabajos del estío; para esta época, en fin, volverá la animación, la vida y el movimiento, que inútilmente trataríamos de que hoy se reflejase en nuestra revista, cuya frialdad aumenta a medida que suben los grados de calor del termómetro.

El pendón de guerra del gran cardenal Mendoza y la espada de Boabdil

Mientras sobre las almenas de la torre Bermeja se alzaba la cruz que aún hoy se conserva en la catedral de Toledo, y flotaba al aire el estandarte de Aragón y Castilla junto al pendón de guerra del gran cardenal Mendoza, el último rey moro de Granada entregaba a los Reyes Católicos, en señal de sumisión, las llaves de la ciudad morisca y la espada que no había servido para contrarrestar el valor castellano a aquel a quien su madre dio con gráficas palabras que ha conservado la tradición: ¡Llora como mujer lo que no has sabido defender como hombre!

¿Qué página de historia más elocuente podría escribirse que aproximar, como lo hacemos hoy en las columnas de nuestro periódico, esos dos trofeos de la gloria de nuestros padres?

El arte completa en ambos la idea histórica y hace más comprensible la muda lección que ofrecen. Por la espada se hizo el árabe dueño de nuestro país: la espada de filigrana labor representa a aquel pueblo en el contraste que ofrecemos. La idea venció a la fuerza; la idea de unidad simbolizada en la religión, que llevaba sus consecuencias unitarias a la autoridad, a las leyes, al territorio. Su emblema es un jirón de tela con

un signo misterioso: el signo de redención y vida bordado en él, con la figura de la cruz.

Todos los países, pero el nuestro más que ningún otro, ofrecen al artista y al pensador tesoros de formas y fecundos manantiales de ideas en esos objetos que completan la enseñanza de la historia. Buscarlos, reunirlos y ofrecer con su reproducción ancho campo a la fantasía y al estudio, es la misión de las publicaciones ilustradas.

El pendón azul con la cruz de Santa Elena que precedió al gran cardenal de España don Pedro González de Mendoza en la conquista del reino granadino, último baluarte de la dominación sarracena, se encontraba hasta hace poco en el magnífico hospital de Santa Cruz de Toledo, fundación del citado personaje, y hoy se ve pendiente de la hermosa reja, de preciada labor plateresca, que cierra la capilla mayor del templo de San Pedro Mártir, de la misma ciudad.

La espada de Boabdil, vinculada en la casa del señor marqués de Villaseca, en memoria de la activa parte que tomaron sus antecesores en la conquista de Granada, se conserva con la debida estimación, en su armería.

Nuestros lectores creemos que verán con gusto el afán con que procuramos cumplir la tarea propia de una Ilustración española, dando a luz objetos nunca bastante conocidos y doblemente apreciables por su mérito artístico y su importancia histórica.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo